SS SERVICIO SECRETO

Alta infidelidad

cliff bradley



ALTA INFIDELIDAD


ALAN TRAYNE
CONSUELO RAMIREZ



CLIFF BRADLEY

ALTA INFIDELIDAD

SERVICIO SECRETO n.º 833
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BOGOTA
BUENOS AIRES
CARACAS
MEXICO
RIO DE JANEIRO



Depósito Legal B 16.898 - 1966
Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: julio 1966

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1966

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
961 — Sendas de ira.

En Colección BUFALO:
616 — El que mató a Jack Torrence.

En Colección SERVICIO SECRETO:
821 — Una celda en San Quintín.

En Colección ASES DEL OESTE:
361 — En deuda con el crimen.

En Colección BRAVO OESTE:
193 — Un caballero del Este.

En Colección COLORADO:
377 — El pasado de Jim Carroll.

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:
126 — El pasado amenaza.

En Colección ARCHIVO SECRETO:
117 — Sir Galahad.

En Colección PUNTO ROJO:
133 — El azar vengador.

En Colección CALIFORNIA:
475 — Botín de forajidos.

CAPÍTULO I

Alan Trayne examinaba una bellísima cristalería de Murano, del artista Tomasso Gadi en la segunda mitad del siglo XVII, cuando escuchó la inoportuna llamada.

—Llaman al señor Trayne… Llaman al señor Alan Trayne…

La muchacha que lo acompañaba le miró de soslayo con cierto fastidio. Era hija de un lord y había abrigado la esperanza de que el apuesto miembro del Diplomatic Service en situación de excedencia —actividad oficial de Alan Trayne— experto en sigilografía del Próximo Oriente Antiguo, miniaturas y armas blancas no menos antiguas, poseedor de caballos de carreras y de una sensacional finca de campo en Surrey, algo introvertido y solterón, la acompañara toda aquella tarde, en cuyo transcurso pensaba aumentar la intimidad que los unía de un modo razonable y honorable. Sin embargo, aquella llamada le escamó.

—¿Dijiste a alguien que veníamos aquí?

Alan Trayne medía seis pies de estatura, pesaba ochenta y dos kilos de huesos y músculos perfectamente entrenados y físicamente era uno de esos hombres que hacen volver la cara a las mujeres, aumentándoles las palpitaciones cardíacas y los pensamientos supercálidos. Ahora esbozó una convincente sonrisa y puso la maravilla de cristal en las maravillosas y delicadas manos de su acompañante, contestándole con suavidad:

—Solo a mí tía Elizabeth. La pobre padece un ataque de artritis. Discúlpame un momento…

Llegó, a través de las gentes elegantes y entendidas que llenaban las galerías Bennington de subastas, junto al empleado que lo buscaba.

—Yo soy Trayne. ¿Qué pasa?

—Una llamada telefónica, señor.

Con una mueca, Alan fue a las cabinas y entró en la que le indicaba la linda operaría con una sonrisa. Tomando el aparato dijo:

—Trayne al habla.

—Sus palos de golf han llegado, señor.

Era una armoniosa voz femenina, con un ligero timbre de ironía. Alan hizo una mueca y contestó con naturalidad:

—Gracias, señorita Jones. Iré a examinarlos.

La voz de Cinderella Jones era dulce y cálida como un arrullo, pero a él le sonaba siempre como un clarín de ataque. Una hora y veintidós minutos más tarde su Aston-Martin deportivo de color azul oscuro se detenía delante del número 226 de Runnymere Street, frente a un edificio moderno de cinco pisos dedicado a oficinas. Entró en el edificio, saludó cortésmente

al portero y subió al piso tercero, yendo a llamar a una puerta sobre la cual se leía: «J. C. Browniston. Enterprises».

Diez segundos más tarde se abría la puerta por la mano de una esplendorosa joven que habría colmado los sueñes románticos del más exigente varón. Semejaba de oro y pétalos de rosas, según cierta vez la definiera el propio Alan. Este avanzó mientras ella le dejaba paso al interior, hablándole con su más demoledora sonrisa.

—Hola, encanto. ¿Qué quiere hoy el lobo?

Eso formaba parte del ritual. La muchacha cerró antes de contestarle. Era un verdadero regalo para los ojos. Alta y rubia, no había cometido la estupidez de seguir modas «standardizando» su belleza, tenía una acusada personalidad, tomaba el sol en las playas lo justo para que su piel adquiriera un color amielado suave y peinaba sus cabellos color de oro viejo en melena larga, lacia, poseía unos ojos magníficos, color playa andaluza, una nariz lo bastante larga para hacer asimétricas sus facciones y así evitar una excesiva perfección siempre antiestética, una boca especializada en negativas, un cuerpo de antología y las piernas más largas y mejor modeladas del mundo. A juicio del propio Alan, aquella muchacha solo tenía un defecto; su impermeabilidad absoluta a todas las seducciones posibles.

—Darle motivos para justificar el sueldo que cobra, supongo —repuso ella esquivando con soberbia habilidad su beso y demostrando la gran práctica que poseía en tal deporte—. Supongo que eso le estropea alguna aventura amorosa en pleno desarrollo…

—De algún modo tengo que consolarme por sus desdenes, mi amada inaccesible.

—Tiene una extraordinaria capacidad de consuelo, ¿verdad?

—Adecuada a la inmensidad de mí infortunio. Usted es mi Purgatorio, Cinderella. El día que acceda a pasar conmigo unas vacaciones en cualquier lugar del ancho mundo me consideraré el más feliz de los mortales y ninguna otra mujer logrará uno solo de mis pensamientos.

—Como discurso no está mal —a ella le bailaban burlonas chispitas en los ojos mientras se sentaba tras una vulgarísima mesa de trabajo, mirándolo de soslayo y tomando unos papeles—. Pero no me resulta convincente.

—¿Qué podría convencerle de la intensidad e inmensidad de mí afecto? —preguntó Alan inclinándose a aspirar el embriagador perfume que emanaba de su persona hasta rozarle con la boca los cabellos. Pero la joven lo rechazó con exquisita naturalidad.

—Es muy sencillo. Acérquese a cualquier joyería de Regent Street y compre un anillo de prometida. Solo le va a costar cinco libras. Hágale grabar dos nombres y una fecha, venga y póngamelo ante testigos. Entonces iré con usted a cualquier parte del globo terráqueo sin rechistar.

Alan suspiró y se enderezó, mirándola con tristeza.
—Usted es terriblemente sádica, Cinderella —afirmó—. ¿Por qué no me pide algo realizable?
—Tengo entendido que es soltero.
—Cierto. Pero poseo una firme, ardorosa vocación antimatrimonial. Además, no hay muchas probabilidades de que mi vida sea larga…
—No es problema. Me sienta muy bien el color negro.
—Y me gustan todas, absolutamente todas las mujeres bonitas. No puedo ser fiel a nadie más de tres días seguidos. A usted tal vez se lo fuera durante treinta, pero luego le haría sufrir. ¿Es lo que busca?
—Conozco un sistema infalible para evitarme tales sufrimientos. Y también los subsiguientes a confiar en un individuo como usted.
Iba a contestarle Alan cuando sonó una malhumorada voz por el intercomunicador.
—Si ya le soltó el consabido discurso inmoral e insidioso dígale que pase, señorita Jones.
—Sí, señor —ella le hizo un mohín pícaro a Alan, que contestó con una mueca de circunstancias, y le señaló la puerta de la derecha de las dos que se hallaban al fondo de la pieza. Con un suspiro, Alan fue allí y le dijo, antes de abrir:
—Cene conmigo esta noche, al menos…
—Con mucho gusto, si es que esta noche aún sigue aquí.
Alan sospechaba que no estaría. Cuando el hombre que lo esperaba al otro lado de aquella puerta lo mandaba llamar nunca era para preguntarle por su salud o el estado de sus asuntos amorosos. Porque aquel hombre era nada menos que el coronel Archibald Ferguson, V.C., D.S.O., M.C. y toda una sarta de siglas indicadoras de condecoraciones importantes, jefe de la supersecreta y casi legendaria «Sección H» del Intelligence Service, dedicada a resolver los asuntos más difíciles y realizar las hazañas más increíbles. Y él era uno de los veintiún agentes de la plantilla de la sección, ninguno de los cuales conocía la identidad de los otros, operando con las máximas facilidades de acción y los máximos riesgos, sin percibir por sus servicios otra paga que la satisfacción moral de servir a su patria. Los hombres de la «Sección H», salvo su jefe, no eran espías profesionales, ni militares de carrera, sino hombres excepcionales con un excepcional sentido del patriotismo y el honor, dueños de medios de vida propios y dotados con las cualidades exigibles en tal oficio; valor sin límites, energía, disciplina, inteligencia, rapidez de reflejos, gran maestría en el manejo de muchas clases de armas, habilidad histriónica, dominio de varios deportes, conocimientos importantes en todos los modos de lucha con manos limpias, dominio perfecto de los idiomas fundamentales y una impresionante resistencia a toda coacción física o mental. Tales conocimientos eran perfeccionados en una escuela que no constaba en

ninguna guía telefónica ni en los presupuestos de ningún Ministerio, pues los alumnos admitidos se costeaban por sí mismos sus estudios. Nadie tardaba menos de un año en ser declarado apto para el servicio y en dieciséis de funcionamiento el cuadro de honor había alcanzado la impresionante cifra de cuarenta y un nombres. Naturalmente, tal cuadro de honor solo existía en dos lugares; la oficina de «J. C. Browniston» y un «dossier» especial ultrasecreto del Ministerio de Defensa. Los servicios secretos de muchos países habrían gastado sumas ingentes tratando de obtener información sobre la «Sección H» pero con muy escasos resultados, como lo probaba el hecho de que la única ocasión en que se trató de forzar la oficina el autor resultó ser un desconcertado raterillo perfectamente fichado y que sufrió un completo lavado cerebral antes de ser devuelto a la circulación.

La oficina de «J. C. Browniston» era en realidad el cuartel general de la «Sección H». Cualquier visitante normal no habría hallado en ella nada extraño, ni buscándolo adrede. Mobiliario, disposición general, en nada se diferenciaban de los de otras mil y una oficinas pequeñas de la City. Pero las puertas de madera barnizada que daban a los cuartos interiores tenían entre paneles de madera hojas de acero especial contra el que poco podrían los sopletes corrientes, y cerraduras tan complicadas y perfectas como las de las más modernas cajas de caudales. Piso y paredes eran de cemento, con espesor a prueba de bombas, y las ventanas disponían de persianas metálicas imposibles de abrir desde fuera. Un ingenioso sistema de alarma estaba conectado con Scotland Yard por medio de dispositivos directos difícilmente desconectables y a los diez minutos de intentarse un forzamiento de puertas o ventanas una escuadra volante de la Sección Especial, provista de metralletas y gases lacrimógenos, haría acto de presencia cortando cualquier intrusión.

Alan Trayne llevaba siete años con la «Sección H» y acababa de cumplir los treinta y cuatro, había estado cien veces en peligro mortal, su cuerpo presentaba la huella de una razonable cantidad de heridas y se consideraba a la sazón un veterano con fundados motivos. Por eso entró con toda naturalidad en el despacho de su jefe, donde no había un mueble que no fuera tan engañoso como muchacha a la caza de marido.

—Buenas tardes —saludó—. ¿Cuál es el problema?

El coronel Ferguson tenía cincuenta y cinco años y era la clásica estampa del militar británico. Oficialmente dado de baja en el servicio y dedicado a perros de caza, «whisky» y otras actividades propias de los de su casta, era presidente de la Corporación de Antiguos Oficiales de Ultramar y miembro de un par de consejos de administración, tenía un «pied-á-terre» en la tercera planta del edificio cuya medianería daba a este de oficinas, y entre ambos, custodiado día y noche por un exsargento de la guardia más difícil de dominar que un carro blindado aunque oficialmente

solo fuera ayuda de cámara y «factótum» del coronel; había un paso secreto que le permitía eludir todas las indiscreciones. Ahora tenía entre las manos un papel mecanografiado y la sempiterna pipa entre los dientes. Gruñó, mirando a Alan de reojo:

—Siéntese y lo sabrá.

Mientras Alan lo hacía, habló por el intercomunicador.

—Que no nos molesten, señorita Jones.

Luego dejó el papel y se quitó la pipa, mirando derecho a Alan.

—¿Ha estado alguna vez en Costa Blanca?

Alan asintió, sacando tabaco.

—Hace cinco años, cuando el asunto Ballschafft.

—Sí. Bien, pues va a volver allí.

—¿Otro exnazi que atrapar?

—Algo más importante. ¿Ha oído hablar del «ciclopium»?

—No. ¿Qué es? ¿Un animal antediluviano?

—No haga chistes malos. Hasta la fecha, los americanos han tenido que depender, como ya sabe, de combustibles líquidos para sus cohetes interplanetarios mientras que los rusos utilizan un combustible sólido que les permite una potencia de propulsión muy superior. Los americanos han descubierto que ese combustible consiste en una mezcla de metaloides dónde el principal productor de energía es uno tan extraordinariamente raro que hasta la fecha solo se conocía por pruebas de laboratorio, creyéndose que no existía en la superficie terrestre sino en cantidades infinitesimales. ¿Me sigue?

—Perfectamente.

—Bien. Ese metaloide, descubierto por el laboratorio de física de la Universidad de Princeton en 1944 y bautizado con el nombre de «ciclopium», solo pudo ser aislado, en cantidades de miligramos, hace ocho años y a un gran coste, absolutamente prohibitivo. Pero los rusos descubrieron casualmente, en Siberia, yacimientos de «ciclopium» lo bastante importantes como para que su explotación resultara relativamente barata y, más tarde, el medio de mezclarlo con mercurio, titanio, selenio y otros de forma que se formara una mezcla capaz de mover enormes pesos a enormes velocidades, ocupando un espacio reducido, pesando poco y durando mucho. ¿Sigue entendiendo?

—Muy bien. Pero no veo la relación de Costa Blanca…

—Es el único punto, fuera de las fronteras soviéticas, donde se han hallado yacimientos de «ciclopium» casi a flor de tierra.

Alan silbó en tono bajo. El coronel siguió con su tono seco, militar.

—Han sido encontrados por ingenieros rusos disfrazados de científicos polacos, que oficialmente realizaban una exploración de la zona selvática al Sur del río Urumbaya, hacia las montañas de San Miguel, buscando plantas e insectos tropicales. El hallazgo ocurrió hace dos meses y los

americanos no se han enterado. Nosotros lo hemos descubierto gracias a su compañero X-I1 y por pura casualidad.

Hizo una nueva pausa antes de añadir, remarcando las palabras.

—Los rusos necesitan impedir a los americanos el acceso a esos yacimientos, incluso que lleguen a sospechar su existencia. Para ello han decidido apoderarse del poder en Costa Blanca. Y lo van a lograr, si no lo impedimos nosotros.

—¿Cómo? Cuando estuve en Costa Blanca allí dominaba una camarilla de familias poderosas y de militares…

—La situación ha cambiado. Hace dos años subió al poder, por medio de elecciones legales, el doctor Weltzer Arencibia, hijo de un emigrante alemán nacionalizado hace medio siglo en el país y casado con la heredera de una familia importante. Juan Manuel Weltzer Arencibia se presentó siempre como paladín de los reformistas liberales y por eso logró, tras derrocar al dictador Solís, una abrumadora mayoría en las urnas. Es un hombre popular, aunque no carece de enemigos, como todo político. Pero su posición es firme pues cuenta con el apoyo del jefe del ejército, general Martín Ramírez.

—Conozco a Ramírez. Le conocí en mi otra visita. Entonces estaba muy bien considerado entre la oficialidad joven…

—Hoy día es el hombre de más prestigio del país. Honrado, patriota, insobornable, caballeroso, valiente y un magnífico militar, que obtuvo la admiración de sus colegas cuando cursó estudios en Norteamérica y también en Inglaterra. Tiene una vocación democrática y siempre dijo que no tolerará más dictadores en su patria. El pueblo lo mira como a su héroe desde que derrocó a Solís, la mayor parte del ejército le obedece ciegamente, incluidos los oficiales. Hoy en día es el verdadero poder en Costa Blanca.

—Pues, la verdad, no veo cómo nuestros amigos rusos van a poder salirse con la suya.

—Se lo diré. Sabemos que en estos momentos se está preparando un golpe de Estado. El presidente proyecta convertirse en dictador con el apoyo del ministro de Asuntos Exteriores y el jefe de la policía, también de algunos jefes militares envidiosos de Ramírez. Aunque le parezca increíble, los rusos están detrás de todo esto.

Alan fumó despacio, muy interesado.

—Ya nada me parece increíble —afirmó—. Sin embargo, eso de que hombres como Weltzer, el multimillonario Arístides Calleja, su atildado ministro de Asuntos Exteriores, y el astuto coronel Terrón, jefe de la policía, trabajen para los rusos parece un bonito cuento de hadas.

—Lo parece, pero no lo es. Nuestros amigos rusos saben dejar a un lado sus dogmas políticos cuando se trata del poderío imperial. No sabemos qué precio habrán pagado a Weltzer, Calleja y Terrón, pero sea el que fuere

han logrado su propósito. Dentro de una semana, lo más tardar, habrá un golpe de Estado en Costa Blanca si no lo impedimos.

—¿Por qué no avisamos a Ramírez?

—Esa será su tarea. Ramírez se encuentra desde hace dos días dirigiendo unas importantes maniobras en el departamento de Samaná, al Norte del país. Entre los miembros de su Estado Mayor hay varios complicados en el plan, que interceptan todos los mensajes y por cuya causa dos de nuestros agentes han perecido ya. Al parecer, hay el proyecto de asesinar al general en el momento oportuno y aprovechar el desconcierto subsiguiente para proclamar la ley marcial, acoderándose del control de las fuerzas armadas y eliminando a todos los posibles oponentes al golpe de Estado antes de que puedan reaccionar. Pero no es eso todo.

—¿Hay más?

—No sabemos qué parte del plan está financiado y dirigido por los rusos y qué parte por los chinos. Hay indicios de que estos también conocen la existencia del «ciclopium» en Costa Blanca y han tomado rápidamente sus medidas, ganándose a varios políticos y militares mediante fuertes sobornos, «chantage» y otros medios. En cuanto a los americanos, algo han comenzado a sospechar, pero van a ciegas. Además, Ramírez les es francamente hostil, no quiere tolerar más tiempo el cesado predominio de las grandes empresas americanas sobre la vida política y económica de su país, de ahí que no les disgustaría verlo desaparecer.

Hizo una nueva pausa y añadió, apuntando a Alan con su pipa.

—Esta será su tarea, Trayne. Un avión le espera en Croydon. En la isla de Montserrat, en las Antillas, aguarda un submarino. Él lo llevará a Costa Blanca, donde desembarcará y adoptará la personalidad de un español llamado Agustín De Alba, aristócrata en viaje de turismo y en busca de objetos precolombinos para su colección de Madrid. Usted habla un español impecable y tiene tipo mediterráneo bastante aceptable. Uso de nuestros agentes lo estará esperando en la playa de Aguaditos a las cero treinta del miércoles próximo. Debe llegar junto a Ramírez y entregarle lo que recibirá una vez llegue a San Rafael, la capital de Costa Blanca. El cómo hacerlo es cosa suya, pero le advierto que correrá peligro de muerte desde el mismo instante en que desembarque y que no debe morir, sino llegar a Ramírez. Si se produce el golpe de estado, matan a Ramírez y se consolidan, puede provocarse un conflicto de imprevisibles derivaciones, una especie de Vietnam americano mil veces más peligroso…

CAPÍTULO II

A la luz difusa de las estrellas la costa apenas era otra cosa que una línea blanca sobre un festón oscuro contra el cielo de Poniente. El ruido de la resaca llegaba distinto hasta los oídos de los hombres parados en la torreta del submarino que acababa de emerger a menos de media milla de la playa, pero el mar estaba en calma casi completa. Ni una luz veíase en la costa, pero poco antes había destellado una roja tres veces, seguida por otros tres destellos verdes. Vía libre…

Alan Trayne, completamente cubierto por un «mono» azul, aguardaba junto al comandante del submarino que exploraba la costa con sus potentes gemelos de campaña y ordenó a sus hombres ya aparecidos sobre la cubierta:

—¡Echen el bote al agua!

Un bote neumático fue echado velozmente al agua y dos marineros subieron al mismo. El comandante se volvió a Alan y le tendió su mano.

—Listo, señor Trayne. Buena suerte.

—Gracias. Ha sido un viaje muy agradable…

No era cosa de hablar más. Alan descendió a la cubierta del submarino y fue a acomodarse dentro del bote que se balanceaba chocando muellemente contra el costado del pez de acero. Soltaron amarras y los marineros comenzaron a remar con palas cortas, mientras el propio Alan echaba mano a una metralleta y mantenía la vista fija en la costa.

Quince minutos más tarde el bote chocaba blandamente contra la arena de la playa, llevado por la cresta de una ola. Uno de los marineros se tiró al agua, que le llegaba a menos de las rodillas, y lo sujetó para que Alan pudiera desembarcar, cosa que hizo velozmente. Luego, con un gesto de despedida, el bote y los marineros regresaron al submarino.

Alan quedó en la desierta soledad de la playa. Aparte el rumor de las olas que la batían sin apenas fuerza no se escuchaba otra cosa que el grito de alguna ave marina. La claridad aumentaba lentamente y aún no permitía distinguir nada con exactitud a más de cien metros de distancia.

Apretando ligeramente la metralleta echó a andar. Tenía instrucciones muy concretas. A las cero treinta minutos de la madrugada alguien se le reuniría junto a las dos altas rocas que se alzaban a unos cincuenta metros a su derecha, partiendo la playa. Eran las cero veinticinco…

La marea estaba aún subiendo y la huella de sus pasos iba a ser prontamente borrada por el agua. Pero tal vez en lugar del mensajero se

encontrara con las armas de una patrulla militar…

Llegó sin novedad junto a la más interior de las rocas y se detuvo, parando oído. Nada… Sin embargo, poco antes habían hecho la señal de vía libre desde ahí…

Notó el leve ruido a su costado y giró veloz, apuntando a la figura humana aparecida de pronto como si se hubiera despegado de la roca.

—¿Señor De Alba?

Con ese nombre debían conocerlo en Costa Blanca mientras durase su misión. Asintió, bajando lo justo el arma.

—Sí. ¿Por qué no salió más a las claras?

—No podemos confiarnos. Vamos, nos esperan y los minutos cuentan. Hay mucho peligro.

Alan esbozó una sonrisa mientras seguía al otro. Estaba acostumbrado a afrontar toda clase de peligros y por el momento no veía ninguno. Pero los iberoamericanos siempre son propensos a dramatizar…

Atravesaron la playa y un borde de palmeras cuyas copas se mecían levemente a la brisa del amanecer, luego caminaron por un sendero entre maizales y otros sembrados.

—¿A dónde vamos?

—A la carretera. Hay un coche allí.

La carretera corría a doscientos metros de la playa. Y un coche lo debía esperar. En el coche se encontraría cierto agente del Intelligence Service destacado en Costa Blanca. Y eso era todo, de momento…

Alcanzaron sin novedad la carretera, pero el coche no se encontraba en la misma, sino oculto tras la maleza de un reborde arenoso paralelo a ella. El motor roncó suavemente y el vehículo se destacó de la sombra como un gran animal adormilado, penetrando en la carretera.

El que guiaba a Alan fue derecho a la parte delantera y a un gesto suyo Alan abrió la portezuela trasera, introduciéndose en el vehículo, que al instante comenzó a rodar y cobrar velocidad. Había dentro una persona, aparte el conductor.

—Buenas noches —saludó Alan.

—Una noche larga y penosa que pronto va a acabar.

Era la contraseña. Pero la había pronunciado una fresca y melosa voz femenina. Con una mueca, Alan trató de verle el rostro de la penumbra mientras completaba la contraseña:

—Terminará con un radiante amanecer. Y la cosa no puede comenzar mejor para mí. ¿Puedo fumar?

Una mano y un brazo indudablemente femeninos se movieron, sonó un chasquido leve y brilló la llamita de un encendedor de gas, medio cegando de momento a Alan pero dejándole distinguir un rostro oval, decididamente joven y hermoso, con dos rasgados ojos negros de magnético brillo. Luego la llamita se apagó, pero quedaba el resplandor de

la brasa del cigarrillo.

—Esperemos que termine igual —murmulló la voz femenina—. ¿Trae instrucciones concretas?

Alan le dio una lenta chupada a su cigarrillo. Rebrillaban también sus pupilas, fijas en la muchacha sentada a su lado.

—Dejarme llevar por usted a San Rafael —repuso calmosamente—. Y luego recoger algo que debo llevarle a cierto general Ramírez.

—Así es —ella no encendió ningún cigarrillo para sí—. Llegaremos a San Rafael en una hora. Por fortuna, el presidente y sus cómplices no sospechan nada acerca de su llegada. Eso nos va a ayudar.

—Así lo espero. ¿No puede aclararme más la situación? ¿Para cuando han preparado el golpe de Estado?

—Para la semana próxima, pero ignoramos el momento justo.

Alan emitió un leve silbido.

—Caramba… Hoy es jueves. Suponiendo que lo intenten el lunes solo me quedan tres días…

—Serán más que suficientes.

Hubo un breve silencio, mientras ambos rumiaban sus pensamientos. La muchacha desprendía un sugerente perfume, muy peculiar. Ella lo rompió.

—Creí que traería consigo las instrucciones para Ramírez. Solo se me dijo que viniera a recogerlo y lo condujera a San Rafael.

—Probablemente otro compañero es quien las trae. Yo debo recogerlas allí y encargarme del resto.

—Ya… No va a ser fácil, los conspiradores han tomado todas sus medidas para cerrar los caminos que conducen a Ramírez. Lo han hecho con gran discreción y eficacia. Tienen excelentes asesores…

—¿Rusos o chinos?

La muchacha tardó un instante en contestar.

—Rusos, naturalmente. Y cubanos. Gente muy experta, pocos pero buenos. Usted tendrá que andar con gran cuidado desde el mismo momento en que reciba esas instrucciones. Se juegan demasiado y no vacilarán en matar.

—Lo doy por descontado. ¿No vendrá conmigo?

—No tengo otras instrucciones, de momento, que conducirlo a San Rafael.

Volvió a hacerse el silencio. El automóvil había entrado en la carretera del Norte, una vía de comunicación bastante buena. Debían hallarse más o menos a treinta millas de San Rafael. Las montañas que cerraban el gran valle, en antiguos tiempos geológicos fondo de un lago que se desaguó casi entero en el mar por la gran falla abierta tectónicamente en la sierra al levantarse el volcán San Rafael, a la sazón inactivo desde hacía siglos, se recortaban contra el cielo estrellado de la madrugada. Pasaban vehículos, especialmente camiones, en razonable cantidad. Los dos hombres sentados

delante no se inmiscuían en la conversación. Todo iba bien…

—¿Es posible que Ramírez no sospeche lo que se trama?

—Debe sospecharlo, pero ignora muchas cosas y entre ellas la inminencia del golpe. Por eso se llevó a sus tropas más fieles a esas maniobras en el departamento de Samaná. Allí tiene a ocho mil hombres perfectamente armados y equipados, más que suficientes para aplastar cualquier revolución. Solo que esos hombres, si él muere inesperadamente, seguirán al presidente Weltzer.

—Y esa es la gran jugada… ¿Se sabe quiénes han sido encargados de asesinarlo?

—El comandante Tejero y el capitán Stolle, ambos del Estado Mayor. El brigadier López Marchessi tomará inmediatamente el mando. Es todo lo que sabemos.

—Bueno, debe haber otros oficiales en quiénes confiar, realmente honrados y adictos a Ramírez…

—El noventa por ciento de la oficialidad y prácticamente todos los subalternos y soldados le son leales; pero ninguno de ellos va a conocer la verdad. Se dirá que a Ramírez lo asesinaron hombres pagados por el partido conservador y esos hombres serán ejecutados inmediatamente de atrapados, con lo cual no habrá posibilidades de confrontación. Por otra parte, muerto Ramírez nadie, dentro del país, tendrá la fuerza y el prestigio suficientes para oponerse a Weltzer.

—Comprendido. Bien, pues veremos si nosotros conseguimos evitarlo…

La muchacha calló. Era curioso, pero no había dado su nombre ni tampoco se lo pidió a Alan. Aunque en el servicio muy a menudo solía suceder.

Traspasaron la barrera montañosa por el imponente Cortado del Gigante, la tremenda brecha por cuyo fondo corría el río San Rafael y que la carretera recorría en un continuado alarde de técnica ingeniera. Alan recordó un pasaje histórico, cuando los conquistadores españoles dirigidos por Pedro de Ontañón burlaron a los indios ñáñicas, señores de las tierras altas, que los aguardaban emboscados en la garganta para aniquilarlos, trepando a los montes a través de la selva y cayendo sobre su ciudad antes de que los ñáñicas sospecharan la verdad, obligándolos luego a combatir en campo abierto y destrozándolos. Sin duda ya para entonces les habían roto la moral con su audacia —pensó—. Aquí, en Costa Blanca, como en todos los tiempos y lugares, la audacia, si va acompañada por la buena suerte, es un arma demoledora contra la que nada valen los planes mejor tramados ni las trampas más hábiles…

El valle de San Rafael tenía veinte millas de largo por unas doce de anchura máxima y forma ovoide, todo él, cerrado de montes selvosos. El volcán San Rafael, un cono casi perfecto que se elevaba a casi cuatro mil metros y de nieves perpetuas en la cima, señoreaba el paisaje con la leve

humareda blanca que permanentemente emitía su chimenea central tendiéndose hacia la ciudad en señal de buen tiempo. Los ñáñicas habían considerado al volcán como un dios…

La ciudad centelleaba sus mil luces a orillas del lago, resto del que en otras edades ocupara todo el valle y que ahora tenía dos millas y media de largo por milla y media de anchura máxima. San Rafael, con su casi cuarto de millón de habitantes, sus calles amplias y sus edificios modernos, era una ciudad progresiva y hermosa, orgullosa de su pasado colonial, cuando era cabeza de una encomienda virreinal, y cuidaba con esmero sus edificios oficiales, entre ellos la magnífica catedral barroca y el palacio de los Altamiranos… Todo eso pasaba lentamente por el cerebro de Alan mientras avanzaban hacia ella a través de campos cultivados, percibiendo los mil olores de las flores, las plantas, la floresta, amalgamados con el de la tierra húmeda y fértil, y escuchaban el sonoro y hermoso canto del «copihuí», aquel ruiseñor de Costa Blanca que solo se encontraba en el país…

Costa Blanca, una tierra hermosa, un pueblo ardiente y noble. Una magnífica trampa mortal…

CAPÍTULO III

El automóvil no entró en la ciudad, sino que se desvió hacia la derecha, en dirección a los barrios residenciales que se alzaban en la orilla Sur del lago, junto a la salida del río, y tras moverse despacio, silenciosamente, por algunas calles desiertas flanqueadas de jardines residenciales enfiló la entrada de uno de ellos, cuyas puertas de hierro forjado se abrieron al oírlo llegar. Alan distinguió un jardín amplio y muy bien cuidado, al fondo la masa clara de una quinta grande. Sin duda era la residencia de alguien adinerado y poderoso…

El automóvil detúvose ante el edificio y la muchacha le habló a Alan.

—Hemos llegado.

Alan no contestó, abrió la portezuela de su lado y salió… tomando la metralleta. Pero la voz impersonal de la joven cortó su movimiento.

—Déjela. No la necesita.

Con fina sonrisa, Alan obedeció, salió y vio salir al chófer y el que fue a buscarlo en la playa. Ambos, ahora, llevaban sendas metralletas en las manos, pero no con ademán agresivo. De la casa habían salido otros dos hombres también armados, que aguardaban a ambos lados de la puerta.

Alan rodeó por detrás el automóvil y acertó a distinguir a dos hombres más a los lados del sendero enarenado, al borde de la explanada. Una bonita guardia…

La muchacha estaba terminando de descender cuando llegó a su lado y la cogió galantemente por una mano. Lo miró y nada dijo…

Pero se quedó rígida cuando él le pegó el caño de su pistola bajo el sobaco, justo en el arranque del seno izquierdo.

—Tranquila…

Ella había cortado la respiración. Ahora dijo, con voz baja y cortante:

—¿Se ha vuelto loco?

—¿Usted cree? Diga a sus amigos que se alejen. El primer disparo la va a matar a usted. Y sería una lástima.

Los hombres ya habían advertido que pasaba algo raro. El chófer y el que recogió a Alan en la playa se movieron, volviéndose…

—Quedaos quietos —les habló Alan con voz seca y vibrante—. O la mato.

Parecieron vacilar. Y entonces ella les habló.

—No hagáis nada. Me apunta una pistola al pecho.

—Y estoy muy nervioso —añadió Alan—. Vamos, tirad esas armas. Y

que también las tiren los demás.

No le obedecieron, pero tampoco dispararon. Ya era algo. De golpe, el ambiente se había vuelto muy explosivo.

La muchacha volvió a hablar. No parecía asustada.

—Usted debe haberse vuelto loco. ¿A qué obedece esta reacción?

—Se lo diré luego. ¿Tiran las armas o aprieto el gatillo? Ah, y esos del sendero, quiero verlos delante mío.

Ella comprendió perfectamente que no hablaba por hablar. La tenía cogida de tal modo que podía quebrarle el brazo al menor intento suyo de resistir.

—Mauro —ordenó con voz nerviosa, pero no asustada—. Tirad las armas y llamad a los otros.

—Pero… —el que recogiera a Alan en la playa no pareció satisfecho de la orden—. Lo tenemos rodeado y…

—Me matará al menor gesto agresivo vuestro. Obedeced. Y llama a los otros.

Mauro y el chófer obedecieron a regañadientes, llamando a los que permanecían junto al sendero. Los dos de la entrada vacilaban, pero no hicieron nada.

—Así me gusta —dijo Alan, con sarcasmo—. Que sean obedientes.

—No sé qué se propone, pero no saldrá de aquí. La puerta está cerrada y hay veinte hombres en la finca…

—Interesante información. Vamos a comprobarlo.

Movió a la muchacha de modo que permaneciera siempre como escudo ante él. Podía ver cómo Mauro permanecía alerta, ligeramente encogido, y los de la entrada con las armas listas para disparar. Pero no dispararían…

—No haga por soltarse, le romperé el brazo y le partiré el corazón —dijo a la muchacha—. Entre detrás de mí.

Se introdujo en el vehículo arrastrándola al interior. El silencio y el peligro se mascaban…

Mientras entraba echó la metralleta al rincón opuesto. Al salir había cerrado aquella portezuela. Y le constaba que el coche era blindado, así como los cristales a prueba de balas.

La muchacha entró mal que bien, sin rechistar. Llevaba un jersey y unos pantalones oscuros, el cabello recogido en moño hacia la nuca. Lo miró de reojo, sus pupilas ardían de rabia impotente.

—Vale más que se entregue… —inició.

—A callar. Dígale al chófer que suba, pero sin gestos raros. Aprisa.

—No lo haré. No sé cómo pudo recelar, pero está atrapado…

—Como un tigre en una trampa para gatos. ¿Das la orden o te vuelo los sesos, amor?

Había movido el arma velozmente para pegársela detrás de la oreja. Y ella se mordió el labio, para luego dar la orden exigida.

El chófer obedeció renuente, mirando a Alan con malignidad. Alan le dio órdenes secamente:

—Maniobra y vamos a la salida. Nada de tonterías, la segunda bala será para ti.

El coche se movió sin que los hombres armados con metralletas —habían aparecido otros dos— osaran abrir fuego. Naturalmente, sabían que estaba blindado y también que algo había fallado últimamente…

—Ahora ordena por el transmisor que te abran la puerta.

—No hay tal cosa… —gruñó el chófer.

—A tu derecha lo tienes. Hazlo o comienzo a disparar. Estaréis muertos antes de que vuestros compinches lleguen al coche.

—Hazlo —le dijo la muchacha con violencia—. Él no podrá escapar, de cualquier modo.

El chófer conectó el transmisor. Una voz ronca, nerviosa, sonó:

—¿Qué diablos pasa con ese inglés?

—Nos sorprendió —gruñó el chófer—. Tiene una pistola en la cabeza de Tina y está decidido a matarla. Quiere que se abra la verja…

—Y si no se abre en diez segundos Tina morirá —añadió Alan fuerte, para que le oyeran bien—. También él. Luego veremos lo que pasa.

Quedó un breve silencio. Y sonó otra voz, calmosa, fría, educada, en correcto castellano.

—Señor, usted se está jugando la vida tontamente. Tengo a veinte hombres armados aquí y en pocos minutos pueden ser cien. Si mata a Tina no tendrá salvación, pero le puedo ofrecer un trato.

—Interesante —Alan había reconocido aquella voz—. Pero no deseo tener tratos con usted, señor canciller.

Hubo una breve pausa. La voz educada sonó en otro tono, aunque igual de serena.

—¿Me conoce?

—Lo bastante para saber el valor que tiene su palabra. Si en diez segundos no abren, mataré a la muchacha. Y a algunos más, antes de que acaben conmigo. Haré tanto ruido que no van a poder acallarlo. Y no le conviene.

Hubo otra breve pausa. Y otra pregunta.

—¿Cómo puedo saber que no la asesinará, si le dejo salir?

—Tendrá que correr ese riesgo.

—Está bien. Usted ha sellado su suerte. Mauro ve a la salida. Tina, ¿me oye?

—Sí, muy bien —la muchacha seguía serena.

—Lo hago por usted. Pero él no podrá escapar. No quiero que la mate, trate de evitarlo por todos los medios…

—Desde luego.

—Y ahora usted, señor. Está muerto. Está tan muerto como si ya lo

hubieran enterrado. Pero hay distintos modos de morir. Si causa un daño a Tina le prometo una muerte especial…

—Cierra eso —ordenó Alan al chófer—. Ya resulta aburrido.

El chófer obedeció…

Y la puerta se abrió lentamente para darles salida, aunque a ambos lados hombres armados miraron con odio a Alan, demasiado oculto en su rincón y a salvo por el blindaje del vehículo.

—Todo a la izquierda y a máxima velocidad. Cuando más dócil seas más probabilidades tienes de salir vivo.

El chófer no parecía deseoso de morir. Obedeció y el potente vehículo avanzó raudo por las calles desiertas, hacia la carretera.

Alan estaba intentando de recordar lo mejor posible la topografía del lugar. No había cambiado tanto en cinco años…

—Por esa calle de la izquierda. Y ahora recto hacia la circunvalación de la playa.

Nadie hablaba. Cada cual tenía mucho en qué pensar. Todos sabían que en tres minutos varios automóviles iban a ponerse a perseguirlos y que en cinco o seis quedarían cortadas todas las vías de escape; y Alan mejor que nadie…

En la alta madrugada todo dormía, las calles de aquel barrio residencial estaban solitarias, salvo algún que otro policía de servicio que miraba pasar al automóvil con indiferencia. Cuando salieron a la avenida de circunvalación ya no quedó ni aquello.

Era una avenida amplia, bordeaba de altas palmeras tropicales, con fincas de recreo a los lados, pero también anchos espacios sin edificar. Alan iba con un ojo en la muchacha y otro en el terreno. Al descubrir lo que deseaba, ordenó;

—Entra por ahí. Aprisa.

Una vez más fue obedecido. Y poco después el automóvil se detenía a espaldas de una de las fincas, en un solitario y oscuro callejón.

Entonces, y antes de que el chófer pudiera hablar, Alan levantó su mano izquierda y pareció tocarle la nuca ligeramente. Pero el chófer se desplomó sobre el volante.

La muchacha pareció ir a intentar algo, pero quedó muy quieta por la presión de la pistola sobre su blando seno.

—¿Lo ha matado? —inquirió con voz tensa. Alan denegó, suave:

—No. Solo que tardará unas horas en poder contarles a sus amigos lo ocurrido. Vamos, sal. Y sin tretas.

Ella calló y abrió. Guardándose la lanceta diminuta, empapada en un narcótico especial de efectos fulminantes, en el bolsillo, Alan la siguió fuera del vehículo, llevándose la metralleta de paso. La muchacha estaba de pie y mirándolo con gran fijeza.

—¿Me va a matar?

—Nunca mato a las bellas a no ser que me obliguen a hacerlo. Tú y yo vamos a seguir juntos un poco más de tiempo.

Se guardó la pistola, pero sosteniendo la metralleta con la otra mano. Y luego cogió a la muchacha por uno de sus delgados brazos. Ella no hizo mención de resistir.

—Ha sido hábil y audaz —admitió con voz serena mientras caminaban —. Pero no va a servirle de nada. Lo cogerán y morirá.

—Eso aún está por ver.

Hubo una breve pausa. Caminaban aprisa en dirección opuesta a la que trajeron. Y la noche parecía muy silenciosa.

—¿Cómo supo que no éramos los que esperaba?

—Me lo dijiste al preguntarme por mis instrucciones. El agente que iba a recogerme debía limitarse a conducirme a San Rafael. A propósito, ¿qué le han hecho? ¿Matarlo?

—No lo sé. Recibí la orden de efectuar esta misión, eso es todo.

—Ya. Pues para otra vez procura cuidar tu vocabulario y acento. Las muchachas de Costa Blanca no hablan como las cubanas.

Ella no contestó. Evidentemente estaba muy desazonada.

Atravesaron una calle y en el mismo instante escucharon el ruido sordo de un motor potente acercándose a buena velocidad. Rápido, Alan pegó a la joven contra la tapia del jardín, bajo la sombra de un árbol, y le pegó el caño de la metralleta bajo la barbilla.

—Silencio, monada…

Ella estaba rígida. Miró hacia la avenida. Y Alan también.

Pasaron dos potentes automóviles americanos, cuyos brillantes faros escrutaban las sombras. Y se alejaron…

Alan separó el arma de la muchacha y volvió a hablar.

—Tus amigos no pierden el tiempo.

—Ya se lo dije. No irá lejos…

—Vamos a verlo.

Había visto ya al vulgar automóvil parado a corta distancia, junto al bordillo. Condujo allí a la joven y, sin dejar de vigilarla, con una sola mano manipuló en la portezuela delantera derecha. Un minuto más tarde lo tenía abierto.

—Sube.

Ella obedeció. Debía haberse hecho su composición mental. No intentó nada mientras Alan subía a su vez y, mirándola a los ojos, le tomaba una mano.

—No me fío de ti más que de una víbora de los pantanos —le dijo. Y antes que ella pudiera reaccionar le clavó la pequeña lanceta.

Luego la echó al asiento posterior y conectó el encendido del motor, poniéndolo en marcha. Poco después se alejaba a normal velocidad.

CAPÍTULO IV

Como había supuesto, no tuvo mayores dificultades para penetrar en la ciudad siguiendo unas calles solitarias y apartadas. Los que a la sazón debían buscarlo como locos habrían cerrado todas las salidas de la ciudad, pero no contaban con gente suficiente para vigilar cada calle y tampoco buscaban a un vulgar, casi viejo, automóvil de marca americana color verde sucio.

San Rafael dormía bajo las estrellas cuando se detuvo en una calle estrecha y flanqueada por edificios modernos, en pleno centro ciudadano. Saliendo, y tras echar una ojeada arriba y abajo, fue a una tiendecita de objetos típicos de artesanía y llamó tres veces al cristal de la puerta, protegido por una reja de metal, de modo peculiar.

Casi al instante se abrió la puerta lo bastante para dejar paso a dos cosas; una voz de hombre y una pistola con silenciador:

—¡Qué busca aquí?

—Agua para mi sed.

La puerta se abrió del todo y un hombre rechoncho, pero joven, con bigote, alzó la reja metálica sin hacer apenas ruido, prueba de que había sido engrasada recientemente. Otro hombre, más delgado, de pelo canoso, con un traje de color oscuro, estaba atrás, también armado. Y un cegador destello dio de lleno en la cara de Alan por quizá tres segundos.

—Gracias a Dios. Ya le dábamos por muerto…

—Faltó poco. Traigo un paquete.

Giró y regresó al coche, abrió la portezuela, sacó a la joven aún inconsciente y se la cargó, yendo con ella al interior. El del bigote vigilaba la calle.

El interior de la tiendecita era pequeño y aún lo parecía más por lo repleto que estaba de objetos típicos. A la luz de la linterna que llevaba el hombre de pelo gris Alan depositó a la joven sobre el mostrador.

—Hay que llevar ese coche lejos, aprisa. A estas horas me están buscando por toda la orilla del lago y el río, pero pronto vendrán al centro.

—Julián, llévate el coche. Déjalo en Parque Acosta y ten cuidado.

El del bigote asintió y salió. El otro dejó la linterna y fue a bajar la reja, cerró la puerta y dejó caer una especie de tupida persiana. Luego volvió junto a Alan.

—¿Qué le sucedió? Encontramos al hombre que debía recogerlo muerto en una cuneta, pero no nos dio ya tiempo a nada…

—Vinieron por mí y me condujeron a una quinta del barrio residencial dónde me esperaba el canciller Calleja con un buen número de sus «gorilas».

—¿Lo vio?

—Le oí. Pero ellos cometieron un error al enviarme a esta linda muchacha. Eso me permitió escabullirme. A propósito, ¿la conoce?

El hombre del pelo gris echó la luz de su linterna al rostro de la muchacha y silbó quedo.

—Seguro…

—¿Quién es?

—Tina Noval. Usted ha escogido una buena presa, señor De Alba…

—Así parece. Calleja tenía gran interés por su salud. ¿Quién y qué es ella?

—Bueno, oficialmente trabaja como empleada en casa del canciller. En realidad es su amante y también actúa como agente de los chinos. Creo saber por qué la enviaron.

—¿Por qué?

—Usted debía encontrarse esta noche con una muchacha de dieciocho años que iba a entregarle la misiva para el general Ramírez y también a acompañarlo a Samaná. Ellos debieron sospechar tal cosa y por si usted conocía el detalle enviaron a esta muchacha.

—Pues ahora nos va a servir de mucho. ¿Hay dónde tenerla a buen recaudo?

—Sí. Tómela y sígame.

Alan no se hizo de rogar. El hombre de pelo gris llegóse a una puertecilla del fondo y la abrió, pasando por ella a un cuarto-almacén casi más grande que la tiendecita y luego a un pasillo uno de cuyos lados daba a una cocina no grande y otro a una habitación de trastos, llena de polvo y suciedad. Allí movió un cajón de embalaje, levantó una loseta de barro de las que cubrían el piso y manipuló algo, mientras Alan esperaba.

Un trozo de pared se movió con ligeros chirridos.

—Da a un sótano con salida a las alcantarillas de la ciudad —explicó el de pelo gris—. En caso de peligro es muy difícil que puedan atraparlo si conoce el alcantarillado.

—Pero es que no lo conozco.

—No hay problema, le daré un plano con los caminos de huida marcados. De todos modos nunca registraron aquí, ni el grupo de Weltzer ni el de Calleja sospechan de mí o de mí negocio.

—Ha dicho el grupo de Weltzer y el de Calleja. ¿Quiere decir que no juegan juntes esta partida?

—Creí que lo sabía. Weltzer se está apoyando en los rusos y Calleja en los chinos, aunque de momento tengan el mismo proyecto y eso los mantenga unidos para

—Bueno, oficialmente trabaja como empleada en casa del canciller. En realidad es su amante y también actúa como agente de los chinos. Creo saber por qué

la enviaron.

—¿Por qué?

—Usted debía encontrarse esta noche con una muchacha de dieciocho años que iba a entregarle la misiva para el general Ramírez y también a acompañarlo a Samaná. Ellos debieron sospechar tal cosa y por si usted conocía el detalle enviaron a esta muchacha.

—Pues ahora nos va a servir de mucho. ¿Hay dónde tenerla a buen recaudo?

—Sí. Tómela y sígame.

Alan no se hizo de rogar. El hombre de pelo gris llegóse a una puertecilla del fondo y la abrió, pasando por ella a un cuarto-almacén casi más grande que la tiendecita y luego a un pasillo uno de cuyos lados daba a una cocina no grande y otro a una habitación de trastos, llena de polvo y suciedad. Allí movió un cajón de embalaje, levantó una loseta de barro de las que cubrían el piso y manipuló algo, mientras Alan esperaba.

Un trozo de pared se movió con ligeros chirridos.

—Da a un sótano con salida a las alcantarillas de la ciudad —explicó el de pelo gris—. En caso de peligro es muy difícil que puedan atraparlo si conoce el alcantarillado.

—Pero es que no lo conozco.

—No hay problema, le daré un plano con los caminos de huida marcados. De todos modos nunca registraron aquí, ni el grupo de Weltzer ni el de Calleja sospechan de mí o de mí negocio.

—Ha dicho el grupo de Weltzer y el de Calleja. ¿Quiere decir que no juegan juntos esta partida?

—Creí que lo sabía. Weltzer se está apoyando en los rusos y Calleja en los chinos, aunque de momento tengan el mismo proyecto y eso los mantenga unidos para el golpe de Estado. Saben muy bien que se necesitan mutuamente, son demasiado débiles para prescindir uno del otro.

—No acabo de entenderlo. Oficialmente Weltzer es un izquierdista moderado y Calleja representa al ala derecha de su partido… ¿Acaso el «ciclopium»?

Habían descendido una corta escalera y ahora el hombre de pelo gris dio vuelta a un conmutador. La luz de una bombilla eléctrica mostró a Alan un sótano de cuatro metros por tres y medio, de piso de losetas y paredes de ladrillos sin enlucir, con una puertecilla de hierro, cerrada, al fondo. Un camastro con ropas adecuadas, una mesa, un par de sillas, un perchero y un lavabo de hierro, antiguo, lo amueblaban. El ambiente era fresco y húmedo, un tanto cargado.

El hombre de pelo gris se volvió y lo miró fijamente.

—Hay dos móviles muy poderosos para que hombres como Weltzer y Calleja traicionen a su patria desde puestos tan altos como los que ocupan. La ambición de poder y la ambición de riquezas —dijo con tono casi solemne—. Weltzer sueña con convertirse en el emperador de Sudamérica. Sabemos que es un paranoico, pero por otra parte tiene un gran prestigio entre las masas obreras y la clase media, una indudable inteligencia y es, sin duda, uno de los mejores estadistas del mundo actual. Piensa convertir a nuestro país en el núcleo de una federación de repúblicas hispanohablantes que se enfrente con U.S.A, de poder a poder. Y el «ciclopium» puede darle la fuerza militar que necesita para conseguirlo. Al menos eso cree.

—Es una locura. Lo aplastarían…

—¿Usted cree? Recuerde a Cuba. Y en este caso, cuando U.S.A. quisiera intervenir descubriría que cientos de proyectiles balísticos de pequeño volumen equipados con conos nucleares estaban ya apuntando a su territorio. Le diré una cosa, señor De Alba. En este país hay ya aguardando equipos técnicos para montar esos cohetes. La central térmica de Montecito no lo es tal, sino que está construida y equipada de modo que el «ciclopium» puede ser tratado y amalgamado en ella con las técnicas más avanzadas. En seis semanas Costa Blanca sería un arsenal mortífero y un solo hombre, un monomaniaco de grandezas llamado Juan Manuel Weltzer Arencibia, tendría en sus manos el percutor.

Alan había dejado a la muchacha sobre el camastro y ahora miraba fijamente a su interlocutor.

—¿No está exagerando, profesor Miranda?

El hombre de pelo gris denegó con triste sonrisa.

—De modo que me ha reconocido… Bien, pues no exagero. Y puesto que me conoce debe saber que no soy propenso a exagerar.

Alan sacó tabaco.

—He visto su fotografía en los periódicos y las revistas especializadas —dijo con calma—. Profesor Miguel Miranda, dos veces propuesto para el Nobel de Física, pero exiliado de su país a causa de sus ideas políticas… ¿Desde cuándo está en San Rafael?

—Desde que mis amigos comenzaron a sospechar lo que Weltzer se proponía. En realidad, he sido yo quien descubrió la existencia del «ciclopium» en este país, cuando me enviaron por correo una pequeña muestra mineral, contándome las extrañas maniobras de los geólogos rusos en las montañas de San Miguel. Yo fui quien puso en antecedentes a su Gobierno.

—¿Usted es X-ll?

—No. Ya soy demasiado viejo… Ese agente fue enviado inmediatamente aquí por sus superiores y obtuvo la confirmación requerida. Pero desgraciadamente le picó una araña «tupi» y hubo que

evacuarlo con la máxima urgencia, tal vez por eso lo enviaron a usted. Por mí parte, mi hermano Emilio es el propietario de esta tienda. Somos gemelos y siempre nos hemos llevado muy bien, aunque nuestras opiniones políticas difieran. Cuando supo lo que estaba ocurriendo no vaciló en prestarnos ayuda. Ahora él está en Londres haciéndose pasar por mí, imagino que con muchos más apuros de los que yo tengo para sustituirlo. Nadie ha recelado nada porque somos gemelos completos y ni nuestros más íntimos amigos pudieron nunca diferenciarnos no estando juntos.

—Entendido. Pero no el motivo de que Calleja prefiera jugar por su cuenta.

—Calleja no está obsesionado como Weltzer. Es muy duro, muy cruel y muy inteligente, pero también un hábil político y un hombre codicioso hasta extremos inconcebibles. Sabe perfectamente que si Weltzer se saliera con la suya se provocaría una catástrofe de proporciones inimaginables y no la desea. Él y su mano derecha, el coronel Terrón, tienen frío el cerebro y los pies firmes en tierra. Están azuzando a Weltzer para que elimine al general Ramírez y le han proporcionado el plan, los medios y los ejecutores. Pero cuando Weltzer crea haber logrado el triunfo será asesinado a su vez, antes de que llegue a tomar de hecho las riendas del poder. Entonces Calleja y Terrón se alzarán con todo, tratarán con los norteamericanos, los rusos y los chinos, utilizando a unos para tener a raya a los otros, y se venderán al mejor postor. Quieren dinero, mucho dinero, y dominar a este país con una férrea dictadura apoyada por las Cincuenta Familias, a las que ambos, como Weltzer, pertenecen. No les importa el precio a pagar, ni lo que haya de sufrir el país. Para ellos Costa Blanca solo es un limón a exprimir, Rusia y China están demasiado lejos y no se fían de ellas, Norteamérica es mucho más fácil de chantajear. Le he hecho sus retratos morales, señor De Alba y espero que me crea. Alan asintió, fumando despacio.

—Le creo, profesor. Ocurre que conozco de antiguo al canciller Calleja y al coronel Terrón…

CAPÍTULO V

Cuando la muchacha abrió los ojos parpadeó, al herírselos la luz de la lámpara, luego se dio cuenta súbita de que estaba desnuda dentro de un lecho y tal consciencia la despabiló, haciéndola incorporarse y mirar.

De inmediato vio a Alan, sentado en mangas de camisa y sin corbata, fumando y contemplándola con una sonrisa de suave ironía. Advirtió también dónde se encontraban y tuvo una idea que la sobresaltó.

—¿Qué ha sucedido?

Alan hizo más ancha su sonrisa.

—¿Tú qué opinas?

Ella apretó la boca y le centellearon los hermosos ojos.

—Es usted un cerdo —dijo con violencia—. Aprovecharse de que estaba inconsciente… ¡Le juro que me las pagará!

Alan se levantó pausado y se acercó al camastro. La muchacha apretó sobre su busto el embozo y lo miró rabiosa.

—¡Si me toca…! Le va a costar muy caro lo que ha hecho…

—Solo te desnudé y te metí en la cama, registré tus ropas y me aseguré de que no llevabas oculto nada peligroso para mí. Por lo demás, no tengo por costumbre hacer el amor con mujeres drogadas e inconscientes. Ellas suelen venir a buscarme muy despiertas.

Lo dijo calmoso y, mientras hablaba, alargó la mano para acariciar a la muchacha con un dedo en la cara, la garganta y el hombro desnudo, como si jugara. Ella lo miraba como dudando y muy recelosa.

—No lo puedo creer…

—Allá tú. Desde luego, estoy en mi derecho, eso lo sabes. Tú me llevabas a una trampa mortal en casa de tu amante, no veo la razón moral o legal que me impida tomarme la revancha a mí manera. Estás en mis manos.

—Póngame las suyas encima y lo lamentará mil veces antes de morir.

—Qué melodramático… Tina, porque te llamas Tina Noval, ¿verdad? Tina, debes hacerte a la idea de que por el momento no es mi vida, sino la tuya la que corre un serio riesgo. Supongamos que se me ocurriera hacerte unos cuantos tatuajes con esta hermosa navajita de la más pura artesanía local. ¿Te gustaría?

Súbitamente le había puesto ante los ojos una delgada, ligeramente corva, puntiaguda y afiladísima navaja de quince centímetros de hoja, con mango de madera exquisitamente decorado. Y la muchacha se quedó

rígida, con el miedo súbitamente brotado a los ojos.

—¿No contestas? Espero tu respuesta con real ansiedad.

—No se atreverá…

—¿Tú crees? Te diré, soy bastante sádico. Tienes un cuerpo joven y bonito. Es una tentación degollarte, de veras. O hacerte como a Santa Águeda le hicieron los esbirros romanos. ¿Conoces la historia?

Bajó la mano despacio y pasó la punta de la navaja lo justo para que se limitara a arañar la tersa piel sin saltar sangre, desde el arranque de la garganta hacia abajo, hasta llegar al borde del embozo. Allí dio un bien medido tirón y la afilada navaja cortó sábana y manta. Con instintivo gesto protector, Tina soltó el embozo de aquel lado. Instantáneamente, Alan le plantó la punta de la navaja entre ambos senos y pinchó ligeramente.

—No bromeo, Tina. La vida es bella, consérvala.

Ella estaba como el papel y no se atrevía ni a respirar. Tragó penosamente saliva antes de inquirir, con voz tensa:

—¿Qué quiere…?

—Dime todo cuanto sepas del asunto. Y dime la verdad. O te doy mi palabra de que te cortaré a pedacitos e iré echando sal en los cortes para que me bailes y cantes la más agradable melodía, antes de rebanarte el lindo cuello.

El hecho de que no alzara la voz, sino más bien hablara con dulzura, rompió los nervios de la muchacha.

—No lo hará —jadeó—. Sería un asesinato innoble…

—El hombre que debía encontrarme en la playa fue encontrado en una cuneta cosido a balazos. ¿Cómo llamas tú a eso? ¿Y qué me preparabais en el chalet anoche?

—Yo… yo no sé nada… El canciller me pidió que le hiciera un servicio, dijo que usted era un espía americano…

—Inglés. Mira, no tengo tiempo para perder. Primero te cortaré…

—¡No! Hablaré… Hablaré…

—Así me gusta. Desde luego, haces bien en conservar tu belleza. Cuando tu amigo Calleja haya terminado podrás agenciarte otro amante rico e influyente, siempre que te lo permitan tus conocidos actuales. Incluso podríamos llegar a un acuerdo tú y yo.

—¿Qué acuerdo?

—Nosotros siempre necesitamos agentes bonitas, inteligentes y decididas. Y te aseguro que si cometen algún error no las echamos al mar con una pesa al cuello, ni las fusilamos contra la tapia de una granja en un amanecer lluvioso. Bueno, ve contándome…

Tina obedeció. Durante diez minutos, tal vez, estuvo hablando con voz entrecortada y respondiendo a todas las preguntas de Alan. Este no le quitaba ojo, alerta a descubrir cualquier embuste en sus pupilas…

—Una interesante historia —dijo blandamente al final del

interrogatorio—. Me divierte, de veras.

—¿Qué hará ahora?

Despacio, fue al fondo del sótano y recogió las ropas de la muchacha, volviendo con ellas y echándoselas sobre el camastro.

—Vístete.

Ella se quedó quieta, mirándolo con fijeza. Y Alan, añadió, con la misma suavidad:

—Puedes volverte de espaldas, si temes ofender mi pudor.

Apretando la boca, ella echó el embozo y se levantó. Tenía ciertamente un cuerpo muy hermoso. Y le centelleaba la mirada mientras, dándole cara, tomaba la primera prenda…

Alan encendió despacio un cigarrillo mientras se complacía en aquel «striptease» al revés. Había recogido su chaqueta, poniéndosela, y ahora tomó la metralleta. Tina se encajó los pantalones, se embutió el jersey y se sentó a calzarse. Así, rompió el silencio con voz fría:

—Ahora que me humilló, dígame qué me hará. ¿Matarme?

—Todo lo contrario. Tú y yo nos vamos de viaje.

La muchacha lo miró intrigada.

—¿A dónde?

—Ya lo sabrás. Puesto que ambos estamos metidos de lleno en este lindo juego de alta infidelidad, considero conveniente, para mí salud, que no te separes de mí lado por un tiempo.

Mientras hablaba se acercó a la puerta pequeña de hierro y la abrió, descorriendo los pesados cerrojos.

—Acércate.

Tina obedeció, echó una ojeada al oscuro interior y miró a Alan interrogativa. Estaban casi juntos. Él la informó:

—Da a las cloacas. No será un paseo agradable, pero si necesario.

La empujó dentro y pasó a su vez, cerrando la puerta y dándole vuelta a la llave. Luego se colocó la metralleta a estilo ruso y encendió la linterna eléctrica, cuyo rayo luminoso mostró una rampa suave que a unos seis a siete metros de distancia torcía a la derecha.

Aquel pasadizo desembocó pronto en una alcantarilla por cuyo fondo corría un líquido apestoso. Tina hizo una mueca al ver que debían continuar por una cornisa no más ancha de veinticinco centímetros, alzada como un metro sobre las aguas residuales, pero a un gesto de Alan avanzó.

Durante diez minutos caminaron en silencio por aquel dédalo de cloacas hasta desembocar en una mayor, un colector que a juzgar por su aspecto debía remontarse a los días de la Colonia. Allí, Alan se detuvo y sacó del bolsillo un plano que examinó con la linterna.

Era el plano oficial del alcantarillado de San Rafael y tenía unas indicaciones marcadas con lápiz rojo, vías de tránsito hacia sendas salidas estratégicamente esparcidas por la ciudad.

Tina se acercó a mirar, curiosa.

—¿Qué es esto?

Alan la miró de reojo. Tenían las caras juntas ahora.

—Ya lo ves. Un plano.

—¿Y hacia dónde vamos?

—A un lugar no marcado previamente en el plano.

Tina lo miró con interrogativa fijeza. Alan se guardó el plano y sonrió, casi divertido.

—¿Intrigada, verdad? Solo te diré una cosa; de paso que salvo mi vida estoy salvando la tuya.

—Eso no me lo puedo creer.

—Allá tú. Pero debes saber perfectamente que el presidente Weltzer tiene también su grupo de fanáticos decididos a eliminarle obstáculos para que pueda apoderarse de todo el poder sin incidencias desagradables.

—Claro que lo sé.

—¿Y no te dice nada el nombre de Abel Miranda?,

Tina frunció el ceño.

—El profesor Miranda no es amigo de Weltzer. Además reside en Londres y últimamente padece ciática,

—Cierto. Pero tiene un hermano muy ambicioso y bastante inteligente. En Costa Blanca parecen abundar los hombres inteligentes y ambiciosos, pero todos tienen el mismo defecto y es que subvaloran la inteligencia ajena, al menos la de los anglosajones. Bueno, ese defecto lo comparten tus amigos chinos… Por aquí.

Era una boca oscura y ruinosa que se introducía en la lobreguez del fondo de la tierra. Tan vieja, que al parecer se encontraba en desuso o poco menos. Y no había cornisa. Tina miraba con asco el fondo, por dónde pasaba una escasa corriente de aguas negras. Alan adivino sus pensamientos.

—Lo siento, pero deberás ensuciar tus lindos pies. Los cadáveres huelen peor y tú quieres vivir.

Ella no se hizo más la remolona…

CAPÍTULO VI

Durante media hora larga los dos se hundieron en el laberinto de viejas cloacas. A menudo tropezaban con derrumbamientos que les impedían seguir adelante, obligándoles a volver atrás y buscar por otro lado su camino. En tales casos Alan consultaba el mapa y también una diminuta brújula colocada en la parte interior de su reloj-pulsera. Tina guardaba silencio…

De pronto desembocaron en una especie de plazoleta subterránea, de unos cinco o seis metros de diámetro, donde confluían varios colectores. Una bóveda de ladrillo, pesada y ruinosa como si procediera de un templo medieval la cubría y dos de las bocas de colector estaban obstruidas. Alan se detuvo y respiró con satisfacción.

—Creí que no íbamos a lograrlo…

—¿El qué?

—Llegar aquí. Verás, sospecho que en estos momentos cada una de las salidas marcadas en este mapa se encuentran vigiladas por policía secreta adicta al presidente Weltzer y hasta apostaría a que patrullas de la misma nos andan ya buscando por los colectores,. Miranda habrá enviado el mensaje que le di y al tratar de traducirlo habrán advertido que es un galimatías. Entonces vendrán a buscarnos al sótano y en el sótano no nos van a encontrar… ni aquí tampoco, porque nos encontramos más o menos debajo de las ruinas de la vieja San Rafael.

—No lo entiendo…

—Te lo diré, para pagar tus confesiones. Anoche te llevó a la tienda del señor Abel Miranda, en la calle de los Arcos. ¿La conoces?

—Sí…

—El señor Miranda cobra un sueldo de nuestro Gobierno por mandarnos información. Yo lo sabía desde mi última estancia en Costa Blanca, hace años, pero él no me conoció entonces ni ahora me pudo reconocer. Mis instrucciones eran que, si fallaba algo en el desembarco, procurase llegar a su negocio y él me pondría en contacto con la persona que iba a darme lo que debía yo llevarle a Ramírez. Bien, resultó que ellos estaban esperándome y eso no me extrañó. Pero después cometió el mismo error tuyo. Dijo algo que no debió decir y, lo que es peor, no se dio cuenta del error que había cometido. Eso me puso en guardia y le fui tirando de la lengua sin que se diera cuenta, pasándome por más tonto de lo que soy. Picó el anzuelo y me dijo todo lo que necesitaba saber.

Tina escuchaba con suma atención.

—Así que Miranda es un agente doble…

—¿Te sorprende? Ya sabes lo corriente que eso resulta. Pero yo diría que, en vez de eso, es otro ejercicio de alta infidelidad. Weltzer debe haberlo comprado a buen precio.

—Trabaja también para el coronel Terrón —fue la respuesta sorprendente—. Está complicado en el complot desde el primer día.

Alan silbó quedo.

—Caramba… Pues entonces puedes tener la certeza de que Weltzer está al tanto de todo. Ahora comprendo por qué no se han dado prisa en liquidarnos… Nos necesitan vivos… Andando, sigamos.

Tina obedeció en silencio, sin duda rumiando sus pensamientos. Entraron en una de las cloacas y unos doscientos metros más arriba la lámpara de Alan marcó un colector estrecho, seco. Él dijo, con alivio:

—Es una suerte, temí que se hubiera derrumbado… Pasa delante. Te vas a ensuciar un poco más.

Ella obedeció sin rechistar. El colector no solo era estrecho y bajo, forzando a Alan a caminar casi en cuclillas, sino que a menudo estaba medio obstruido por pequeños desprendimientos del techo y las paredes. Por fortuna no lo bastante grandes como para cerrar el paso. Pero tres veces Tina y Alan hubieron de romperse las uñas separando cascotes y ladrillos podridos para poder pasar reptando. En cada ocasión, Alan volvía a amontonarlos cuidadosamente.

—Así, aunque llegaran a seguirnos hasta aquí pensarán que no pudimos pasar —explicó a Tina.

Tardaron más de dos horas en recorrer una distancia que a la muchacha le pareció ínfima y luego desembocaron en otra galería más ancha, por dónde los derrumbamientos, aún frecuentes, no les impedían deslizarse hacia delante. Ella ya había perdido la noción del tiempo cuando a sus oídos llegó un rumor de aguas borbollantes y estaba demasiado fatigada para hablar. Fue Alan el que la animó:

—Dentro de cinco minutos podremos libramos de basura y mal olor.

—¿Qué es eso?

—Una corriente subterránea de agua. En antiguos tiempos desembocaba en ella la alcantarilla que seguimos y era una de las tres principales del saneamiento de la vieja San Rafael.

—¿Cómo conoce usted tan bien todo esto?

—Es una vieja historia que no te interesaría. Ya llegamos.

La galería desembocaba en una pequeña gruta excavada por un arroyo de cierta importancia cuyas aguas descendían con cierta pendiente hacia el lago. La gruta tenía una docena de metros de longitud por unos ocho de anchura máxima y una altura de tres a cuatro, en realidad era un bolsón de lava muy antigua. El arroyo llegaba por un agujero negro y desaparecía

por otro, dejando a ambos lados playas de lisa roca volcánica, aunque en un lugar junto a la pared había un sedimento de arcilla y arena o tierra negruzca. El ambiente era fresco y el aire mucho más respirable que en las cloacas.

—Puedes lavarte. Pero tendrás que hacerlo a oscuras. Apenas si queda energía en la pila de la linterna.

Tina lo miró de reojo y, sin contestar, se fue a la orilla, arrodillándose…

Alan apagó la linterna. Luego se movió en silencio, alcanzó la pared y tanteándola llegó a la orilla, metiéndose en el agua. Conocía la profundidad normal del arroyo y la había calculado ahora por las marcas en sus márgenes. Pasó al otro lado de la rápida corriente con agua a medio muslo y depositó la metralleta, la pistola y todo aquello que no quería conservar ahora en una piedra de la lava, regresando luego por dónde había venido. Tenía una excelente memoria y allí nada había cambiado en cinco años…

Tina no parecía haber notado nada. Alan se quitó los pantalones y las botas, poniéndose a estrujarlos y vaciarlas. La voz de ella le llegó, normal, pero algo nerviosa:

—¿Dónde está usted?

—Aquí, lavándome. ¿Por qué?

—Odio la oscuridad. ¿No puede encender de nuevo?

—No. ¿Terminaste de lavarte?

—Al menos ya no huelo tan mal. ¿Qué hacemos ahora?…

—Esperar.

—¿Esperar, qué?

—A que llegue la noche. Si saliéramos ahora no tardaríamos en ser descubiertos por los turistas que visitan las ruinas de la ciudad antigua.

Hubo un breve silencio, seguido por una pregunta nerviosa:

—¿Y hemos de quedarnos aquí? ¿Por qué?

—Razones subjetivas. Me gusta vivir y gozar de la vida. ¿A ti no?

—Sí. Pero usted no vivirá mucho. Calleja y Terrón terminarán por atraparlo. No conseguirá llegar junto al general Ramírez.

—Eso aún está por ver —mientras hablaba se le acercó y la cogió por un brazo. Ella no hizo por soltarse, ya estaba de pie—. De momento tú y yo haremos lo posible por vivir. Y como no tenemos comida ni ropa con qué abrigarnos, sugiero que vayamos a conversar un poco acerca de las condiciones de tu ingreso en las filas de los leales servidores de Su Graciosa Majestad.

Ella estaba algo rígida, pero su voz fue normal.

—Es usted un tipo extraordinario…

—Eso dicen quienes me conocen. Ah, debo advertirte que oculté todo aquello que te pudiera interesar, incluso la linterna, en un lugar que nunca

hallarías a oscuras. Si tratas de intentarlo ten cuidado con el arroyo. Sería una pena que se te engullera.

—No se fía de mí…

—Como tú de mí. También podemos discutirlo. Ven.

Podía moverse por la gruta como por su despacho de Londres. Llevó a la muchacha al pequeño espacio de arcilla y tierra y se quitó la chaqueta, poniéndosela de asiento. Ella se sentó recostada contra la pared de lava. Y Alan le acarició despacio los muslos prietos, suaves y fríos. Después de todo, la labor de un agente secreto tiene sus compensaciones…

—Creo, sinceramente, que esta es una inmejorable oportunidad para que ambos nos conozcamos más a fondo —dijo. Y tomándole la barbilla la besó en la boca sin que la oscuridad le hiciera fallar. Tina se quedó quieta…

Algunas horas más tarde descubrió que la muchacha se había dormido, acurrucada contra su cuerpo. Era lo que había estado esperando. Levantándose, fue al arroyo y lo volvió a cruzar, recogiendo sus armas y utensilios. Luego miró la hora cuidadosamente. Ya estaba anocheciendo allí fuera…

Regresó. Se puso los mojados pantalones y las botas y despertó a Tina, que se incorporó sobresaltada.

—¿Qué…?

—Tranquilízate. Seguimos camino.

Ella se puso los pantalones rápidamente. No hablaba y parecía muy sumisa…

Regresaron un centenar de metros por la vieja cloaca y se introdujeron en otra más estrecha. Allí el avance se hizo penoso. Tardaron media hora en recorrer unos doscientos metros y finalmente quedaron apretujados debajo de lo que parecía una gran losa rota, por cuya rendija se veía brillar una estrella…

—Final de trayecto —avisó Alan. Sentíase satisfecho de sí mismo. Habida cuenta de que hacía cinco años que recorriera, solo dos o tres veces, aquel dédalo de cloacas semiderrumbadas, su sentido de la orientación resultaba óptimo—. Ahora respirarás aire puro.

Alzó las manos y tanteó algo. Lentamente, la pesada losa se movió y deslizó con un chirrido de piedra sobre piedra…

Agarrándose a los bordes del pozo, Alan se izó a pulso. De rodillas miró veloz a su alrededor…

Estaba en lo que había sido patio de un convento a la sazón del todo en ruinas, como si hubiera sido bombardeado en lejanos tiempos. La vegetación tropical lo llenaba todo y también el silencio nocturno. Por sobre la derruida pared podía distinguirse la esbelta silueta del volcán…

Arrodillándose y dejando la metralleta en tierra, dio una mano a la muchacha que esperaba abajo. Ella se agarró fuerte a su muñeca y trepó al

exterior, poniéndose a tragar aire a pleno pulmón, de rodillas junto a Alan, que se levantó recogiendo la metralleta. Luego lo imitó y quedaron cara a cara.

—Este es el viejo convento de los agustinos —dijo Tina. Alan asintió.

—Veo que conoces el terreno.

—No tanto como tú, al parecer. ¿Y ahora qué? Estoy hambrienta…

Se atusó con las manos el despeinado cabello y al hacerlo su busto se proyectó desafiante. Alan respondió con blandura:

—Yo también. Tú eres una magnífica entrenadora para que un hombre se conserve en buena forma.

Tina lo miró largo y fijo. También habló con blandura:

—Tú estás muy bien entrenado. Jamás conocí a otro que se te pareciera.

Alan rio quedo, alargó la mano y la acarició.

—Eso resulta muy halagüeño para mí. ¿Nos vamos?

Sin contestar, la muchacha echó a andar. Y Alan fue tras ella, pero manteniéndose prácticamente a su altura.

Avanzaron por entre la selvatiquez que llenaba las ruinas y llegaron a lo que en tiempos fuera jardín del monasterio, convertido en un trozo de selva tropical. Tina iba confiada, o al menos lo aparentaba. Cuando Alan la agarró por un brazo se volvió y lo miró:

—¿Qué?

—Sigo teniendo hambre. De ti.

La agarró por los hombros y la besó. La muchacha pareció desconcertada un momento, luego contestó a su beso. Y estaba haciéndolo cuando Alan la pinchó ligeramente con su lanceta impregnada de narcótico.

Tomándola en brazos la llevó bajo un árbol corpulento y la depositó sobre la densa yerba, cubriéndola con su chaqueta. Tras ello la contempló unos instantes. Se sentía muy complacido, como siempre que realizaba una buena obra.

Atravesó rápidamente las ruinas del convento y salió a una especie de calle entre restos de antiguos edificios derruidos por el terremoto que aniquilara la antigua ciudad colonial. Bajo las estrellas y el viento tropical solo había luz de cocuyos y canto de pájaros nocturnos. Avanzó rápido y silencioso, pero muy alerta, aunque tenía la certeza de que ningún enemigo estaba cerca…

San Rafael era una constelación de luces centelleantes cuando abandonó las ruinas y tomó el sendero que llevaba a la carretera, pero no para entrar en ella, sino para desviarse un poco antes y seguir caminos del campo, callejas de arrabal, contorneando la ciudad. Como en todo país americano, en San Rafael nadie iba por la calle después de las diez de la noche a no ser que tuviera necesidad de hacerlo. Y los patrulleros de la

policía raras veces se desplazaban a los arrabales.

Aún no era media noche cuando Alan alcanzó un sector de «villas» rodeadas de pequeños jardines y separadas por callecitas quietas. Hasta el momento nadie ni nada le había causado problemas. Ahora se detuvo ante la tapia que cerraba uno de los jardincillos privados y oteó la calle convenciéndose de que estaba solo en ella. Llegándose a la verja de entrada pulsó el timbre adosado a uno de los pilares de la puerta. Y lo hizo de modo peculiar.

Tres minutos más tarde una voz queda sonó allí dentro, en el jardín, muy cerca e invisible.

—¿Quién va?

—El primo Santiago, que tiene frío y hambre.

—¿Por qué viene aquí?

—La ciudad está llena de perros aulladores, no me dejan dormir.

La sombra que se destacó era masculina y una pistola especial, con silenciador, apuntó a Alan. Otra sombra avanzó y abrió la puerta.

—Pase.

Alan así lo hizo. Un tercer hombre, empuñando una metralleta, estaba apuntándole desde algo más atrás. El de la pistola alargó la mano y le quitó la suya.

—Siga.

Obedeció en silencio. Sentía un ligero erizamiento en la espalda, porque si este tercer contacto fallaba difícilmente podría escapar a su destino.

Sin hablar, el de la pistola lo llevó, empujándole levemente con el arma, hacia la casa completamente a oscuras. Pero la puerta estaba abierta y lo hicieron entrar por allí.

Apenas lo hizo, seguido por el de la pistola, la puerta se cerró y un haz luminoso le dio en los ojos, cegándolo.

Una voz satisfecha y conocida le quitó aquel molestísimo erizamiento de la espalda.

—Es mucho mejor de lo que yo creía… Bienvenido a Costa Blanca, amigo Trayne. Den la luz.

La luz fue dada mientras se apagaba la linterna enfocada a los ojos de Alan, que parpadeó unos momentos antes de poder acostumbrarlos.

En el vestíbulo, bastante amplio y cómodo, había tres personas, dos hombres y una muchacha. Él conocía al hombre de más edad, un caballero de sobre cuarenta años, correctamente trajeado y que estaba guardándose la pistola mientras aún sostenía la linterna eléctrica. El otro hombre, en guayabera, empuñaba una metralleta muy moderna, ya bajándola. En cuanto a la muchacha, era muy joven y muy bonita, una de esas bellezas que han dado justa fama a Costa Blanca.

Vestía de blanco, con lo que resaltaba su piel color de trigo y lucía una

brillante cabellera oscura.

—Es el primer encuentro agradable que tengo desde mi llegada, amigo Morales —dijo, tendiendo su diestra al sonriente hombre que lo identificara—. ¿Cómo está usted?

—Contento, muy contento de verle sano y salvo. Bueno, de haber sabido que era usted no hubiera pasado tanto temor por su situación. Pero permítame… Consuelo, este es el señor Alan Trayne, un viejo y gran amigo mío. Nos conocimos hace años, cuando estuvo en el país buscando a un exnazi aquí oculto con nombre falso.

La muchacha miraba intensamente a Alan.

—¿Es el hombre que capturó a Hans Ballschafft?

—Veo que tengo una inesperada popularidad muy agradable, señorita… —inició Alan. Y Morales terminó la presentación.

—Consuelo Ramírez, hija del general.

CAPÍTULO VII

Alan estaba tomando la fina manita tibia de la muchacha. Se quedó de una pieza, porque no esperaba aquello.

—¿Hija de Ramírez? Pero…

—Sé lo que va a decir —Consuelo Ramírez tenía la mirada fogosa y limpia, una voz muy acorde con su menuda y linda figura—. El general Ramírez solo tiene un hijo y está paralítico… ¿no es verdad?

—Pues… —Alan estaba asimilando aprisa la noticia—. Esa, al menos, es la versión oficial.

—Yo soy su hija. Hija natural legitimada. Es largo de contar. Lo saben muy pocos, incluso en este país…

—Así es, amigo —terció Morales—. Ella es hija del general y está en Costa Blanca de incógnito, desde anteanoche. La pudimos entrar en el país no sin correr muchos riesgos y dificultades. Forma parte del plan.

Alan iba comprendiendo aprisa. Una hija natural del general Ramírez podía ser la persona que iba a entregarle el mensaje para el mismo…

—Discúlpeme —dijo con su mejor sonrisa—. Pero ha sido una gran sorpresa. Bien, estoy realmente encantado, pero debo decir algo. Morales, les tengo guardado un lindo paquete en las ruinas del viejo convento de los agustinos, en el jardín. Es preciso que vayan a recogerlo y lo lleven a sitio seguro.

—¿La cubana amiga de Calleja?

—Sí. Puede servirnos de rehén. Parece que el canciller la tiene en mucha estima.

—Eso parece. De modo que logró llevársela… Andan como locos buscándolos por toda la ciudad. Aquí mismo estuvieron esta tarde.

—¿Aquí?

—No hay problema. Todos saben que soy uno de los más adictos partidarios del presidente, que fui uno de los jefes de la revolución… Si Weltzer, Calleja o Terrón llegan a descubrir que es usted el agente enviado a avisar al general vendrán a por mí, pero parece ser que aún lo ignoran.

—Esperemos que por algún tiempo. ¿Qué noticias hay? A propósito estoy hambriento.

—Llévelo a la cocina, Consuelo. Yo voy a dar las órdenes para que recojan a esa mujer. ¿Está amordazada y atada? Es peligrosa…

—Está dormida y aún tardará dos horas en despertar.

—Entonces no es problema…

—Venga, señor Trayne.

La hija de Ramírez lo invitó con tímida sonrisa. Y Alan fue tras ella sin más. Las cosas iban tomando un interesante cariz…

—De modo que es hija del general Ramírez —dijo antes de morder el bocadillo que ella le preparó. Era muy joven, desde luego, pero ya toda una mujer…

—Sí. Nací en Méjico, cuando mi padre estuvo allí durante su primer exilio. Me he criado allí y en Europa, solo de incógnito he venido a Costa Blanca algunas veces, en los últimos años. Por razones muy privadas mi padre no puede reconocerme públicamente, aunque sí me ha legitimado.

Alan conocía alguna de aquellas razones. Ramírez era un joven capitán cuando encabezó con otros oficiales jóvenes una revolución contra el tirano de tumo, casi veinte años atrás. Aún siendo hombre del pueblo, hijo de un maestro de escuela y nieto de un subalterno militar, su brillante inteligencia y su energía le permitieron, primero, alcanzar la entrada en el muy exclusivo centro de formación de oficiales y luego, con el número uno, estudiar en Estados Unidos y en Inglaterra becado por el país. Se había casado con mujer de excelente familia contra la oposición de los suyos, pero ya estaba casi dominada cuando acaudilló la rebelión contra el dictador. Fue un sangriento fracaso porque el país no estaba preparado y porque hubo una traición. Ramírez, perseguido como una fiera por sus enemigos, consiguió abandonar el país y pasar a Méjico, mientras su mujer y su hijo de tres años quedaban en poder de los rebeldes. Se dijo que uno de los esbirros encargado de detenerlos había golpeado al niño malamente, se dijo que lo arrojaron con violencia al suelo. El caso fue que el niño quedó paralítico. Y la mujer de Ramírez, que por educación y clase estaba al lado de quienes detentaban el poder, no perdonó jamás a su marido aquel triste accidente ni tampoco las humillaciones que debió sufrir. Cuando Ramírez regresó años más tarde, clandestinamente para encabezar el movimiento revolucionario que derribó al dictador, no quiso tomarse la venganza por su mano y dejó a los tribunales la tarea de juzgar y castigar. Pero su hijo no recobró la salud y su mujer le convirtió la vida conyugal en un infierno…

Morales entró y cerró a su espalda. Parecía preocupado y aliviado a un tiempo.

—Todo listo, la recogerán y la llevarán a un lugar seguro, en el campo, donde no la van a encontrar sus amigos. ¿Qué les pasó? Miranda dice que estuvo esperándolo toda la noche…

—Ese no es el profesor Miranda.

—¿Cómo?

—¿Está seguro?

Tanto Morales como Consuelo parecieron afectarse grandemente. Alan esbozó una fría sonrisa.

—Sí. Es un falsario y tengo la certeza de que es quien informó de mí llegada a Weltzer. ¿Cómo se llamaba y quién era el hombre que me tenía que recoger?

Morales estaba recuperándose aprisa de la impresión sufrida. Consuelo Ramírez, por su parte, tardaba más, aunque demostraba gran entereza.

—Se llamaba Anastasio Peláez y era un gran patriota —dijo Morales, despacio—. Cuando usted no llegó con él al punto convenido en el momento designado sospechamos que algo malo había sucedido. Entonces decidí abandonar el lugar y venirnos acá, a esta quinta, mientras algunos de mis amigos indagaban lo sucedido. Avisé a Miranda, previniéndole el cambio de planes…

—¿Le dijo a dónde se proponía ir con la hija de Ramírez?

—Naturalmente. Por eso no puedo creerle. Si Miranda fuera un agente…

Calló, porque alguien estaba llamando nerviosamente a la puerta. Rápido, Alan fue allí y abrió. El que lo apuntaba con una metralleta al entrar jadeó, nervioso:

—¡Están rodeando la manzana con muchos hombres!

Alan sacó su pistola y dijo, con suave frialdad:

—… Si fuera un agente doble habría esperado a mí llegada aquí para atraparnos a todos juntos. Bien, ¿qué hacemos?

Morales solo había tenido un instante de aturdimiento. Reaccionó de inmediato con energía.

—Escapar. Vamos, aprisa.

Nadie rechistó. Morales tomó la metralleta de Alan y se la tiró al aire, luego corrió a la salida. Consuelo lo siguió sin pronunciar palabra, no parecía demasiado asustada. En cuanto a Alan, estaba tranquilo y fue el único que dijo algo cuando iban veloces hacia la parte de atrás del edificio:

—¿El viejo camino?

—Ellos no lo conocen.

—Atacarán en cinco minutos, a lo sumo.

—No desean escándalos y no abrirán fuego. Pretenderán que nos entreguemos sin tiroteos que pudieran alertar a la opinión pública y llegar a los oídos de Ramírez. Espero conseguir ventaja suficiente, aun cuando ese maldito traidor y también Terrón deben conocer muy bien el alcantarillado. Pero por fortuna ninguno de ellos conoce el camino que lleva al convento de los agustinos y tampoco otro que va justo a las ruinas de la antigua Oiduría…

Mientras hablaba habían descendido a un sótano vulgar. Y allí, Morales y uno de sus hombres separaron, rápidamente dos sacos de carbón, dejando al descubierto dos argollas clavadas en una gran losa de piedra.

Uniendo sus fuerzas, levantaron la losa y la separaron, apareciendo un hueco de un metro por unos setenta y cinco centímetros de diámetro en el

cual se distinguía el arranque de una escalera.

—Baje, Consuelo —ordenó Morales a la muchacha, que no se hizo de rogar.

Dos de los hombres de Morales llegaron a toda prisa y muy nerviosos.

—Vienen por la calle —dijo uno—. Son policías de Terrón.

—Usted, Trayne.

—Nos van a dar poca ventaja…

—He perfeccionado el sistema, tendremos la suficiente.

Mientras hablaban, todos se movían. Alan vio cómo los delgados hilos de seda eran atados a los grandes sacos de carbón velozmente. Descendió sintiendo la emoción de los viejos recuerdos. Cinco años atrás por allí habían traído a uno de los más feroces jefes de la Gestapo, oculto en Costa Blanca bajo nombre supuesto, protegido por el entonces dictador del país al que servía como asesor de policía y creyéndose plenamente a salvo, tras raptarlo dentro de su propio bien guarecido domicilio. Por aquel entonces, el coronel Terrón era comandante y en el último momento había sabido pasarse de bando, conservando su puesto y acrecentando su graduación…

Tras él bajaron los tres hombres de Morales y finalmente él mismo, que se detuvo a mover una palanca. La losa se deslizó lenta y seguramente hasta quedar encajada y la oscuridad los envolvió un segundo, porque las lámparas eléctricas destellaron, enfocándose una a lo alto. Desde el fondo del estrecho y húmedo pasadizo. Alan vio cómo su amigo manipulaba con una especie de bramante de seda que tironeó durante casi un largo rato. Luego dijo:

—Ya está, Vámonos.

Uno de los hombres de Morales pasó delante, alumbrando el camino con su linterna. Otro, al final, iluminaba con la suya el terreno que pisaban, húmedo por las filtraciones. Iban por un estrecho y poco alto pasadizo que Alan sabía desembocaba setenta metros más adelante en uno de los colectores principales de la ciudad, por dónde además pasaban cables eléctricos y tuberías de otros servicios públicos.

—Tardarán en encontrar la losa —le dijo Morales poniéndosele detrás —. Un sistema de poleas bien oculto, con hilos de seda, ha vuelto a colocar los sacos en su sitio y he cortado el fluido eléctrico al sótano.

—Pueden sospechar lo que intentamos y descender al colector, cogiéndonos entre dos fuegos.

—Para eso tienen que levantar la trampa. Y les va a costar trabajo. La hice atornillar por debajo con cemento esta misma tarde. La próxima está a doscientos metros galería abajo.

—No son demasiados.

—Para nosotros son suficientes. Si nos persiguen deberán hallarse siempre en un plano más bajo. Cuando lleguemos al cruce debajo de la plaza de las Instituciones romperemos la tubería de agua que abastece a

toda la barriada y anegaremos la galería. Tendrán que tener mucha suerte si no se ahogan.

—Pensó en todo…

—Tengo experiencia. Y sé con quién me la estoy jugando. Sin embargo, no había recelado de Miranda… ¿Cómo lo supo?

—Cometió demasiados errores, tal vez porque no se consideraba muy seguro y estaba sopesando sus propias posibilidades. Por ejemplo, me dijo que él era nada menos que su propio hermano y que cierto agente inglés había sido picado por una araña «tupi». En realidad habló demasiado. Naturalmente, ignoraba que el profesor Miguel Miranda se rompió una pierna en caída casual justo hace cuatro días, porque la noticia no apareció en la Prensa ni la dio tampoco la televisión de mi país.

—Ahora soy yo quien no lo entiende bien, Trayne. Yo le estoy hablando del verdadero Miguel Miranda. Vino clandestinamente hace dos meses…

—Dejando a su hermano gemelo en Inglaterra, ya lo sé. Pero el hombre que me recibió la madrugada última en la tienda de Abel Miranda no era el profesor. Su disfraz resultaba magnífico, debo confesarlo; me habría engañado de no haber tenido ocasión de tratar al verdadero profesor en Londres y comprobar que tiene tres pequeñas pecas casi en línea debajo de su oreja derecha…

CAPÍTULO VIII

Morales emitió una seca interjección. Ya llegaban al colector y la muchacha, con los otros hombres, doblaban hacia la parte alta del mismo.

—¿Está seguro?

—Del todo. Fue su verdadero fallo. Debieron capturar a Miranda. Ahora se encontrará en alguna parte, a buen recaudo. Tal vez lo torturaron para hacerle hablar, pero no lo matarán, es demasiado importante. En realidad me llevé a Tina Noval por eso.

—Malditos… Tiene que haber sido Terrón…

—Yo apuesto por Calleja. Tiene mayor capacidad estratégica que nuestro astuto jefe de policía y un buen asesoramiento. Tal vez se proponen forzar al profesor a trabajar en los yacimientos de «ciclopium». Ya lo averiguaremos a su tiempo… ¡Cuidado, vienen!

—¡Apagad las linternas!

El avezado oído de Alan bahía captado algo significativo, el chillido asustado y feroz de una rata, al otro lado del ángulo recto que formaba el colector unos cincuenta metros más abajo. Y también Morales lo escuchó, entendiendo su significado. Las linternas fueron apagadas en el acto y todos se detuvieron, quedando en silencio.

Perfectamente audibles, aunque débiles, les llegaron los sonidos del cauteloso avance de hombres por el colector.

—Vienen despacio —susurró Alan—. Y no nos descubrieron…

—Pase la orden. Que sigan pegados al muro, sin hacer ruido, aprisa.

—Si traen linternas nos descubrirán…

—El colector gira a la derecha veinte metros más arriba. Con un poco de suerte, no.

Callaron. Iban ahora avanzando pegados al húmedo muro, agachados para esquivar los cables eléctricos y las cañerías, por un reborde de veinticinco centímetros. Medio metro por debajo, borbollaban las aguas negras camino del lago…

A oscuras corrían el riesgo que había delatado a sus enemigos, porque las ratas, grandes y feroces, pululaban por el colector. Pero por fortuna no llegaron a pisar a ninguna. Cuando doblaron el recodo, a un susurro de Alan, Morales y el hombre que cerraba marcha se dejaron caer con suavidad al fondo, lo cruzaron con líquido hasta media pierna y treparon al otro reborde. Alan con su mano apretó la metralleta y se asomó cauteloso.

Apenas lo había hecho cuando una centella luminosa vino desde el lado opuesta de la recta, buceando en la oscuridad del colector. La centella se movió unos instantes, pasó a pocos centímetros de la cara de Alan cuando ya la había ocultado y siguió su recorrido. Luego llegó el eco de una bronca voz:

—No hay nada…

—Sigamos. Deben de estar aún dentro de la casa…

Uno, dos, tres, cuatro, cinco… media docena de hombres, policías uniformados y poderosamente armados pertenecientes sin duda a la élite de los esbirros del coronel Terrón vinieron cautelosamente pegados a la pared derecha del colector. Otros tantos lo hicieron por la izquierda. Y mientras los primeros se introducían en el pasadizo que llevaba a la casa de Morales, los otros permanecieron atentos, a la espera.

—Vámonos —susurró Alan. Y se movió hacia delante con el máximo cuidado. No podían encender las linternas hasta hallarse por lo menos veinte metros más allá, pues en aquella oscuridad era perceptible el menor resplandor.

—¿Por qué nos quedamos? —otra voz bronca les llegó desde su espalda —. Aquí huele a demonios.

—Hay que esperar hasta saber si permanecen en la casa o ya escaparon…

Allí delante la linterna del que iba en vanguardia se encendió y pudieron ver mejor su camino. Morales y el otro que pasó a la orilla opuesta, se movieron más aprisa para ponerse a la altura de los demás…

—Tenemos suerte —dijo el primero a Alan—. Los vamos a dejar muy atrás.

—Así sea.

Alan no estaba tan optimista. Calleja y Terrón los necesitaban, a él y a la hija de Ramírez. Los necesitaban aquella noche, vivos o muertos, mejor vivos, para sonsacarles cuanto supieran…

El avance por las alcantarillas no podía ser muy rápido, pero el pequeño grupo fugitivo consiguió llegar a la especie de plazoleta situada bajo la plaza de las Instituciones sin novedad. En aquel lugar se reunían hasta cinco colectores para luego seguir en el que ellos habían tomado por camino. Por uno de aquellos colectores, convertidos en cañería de agua potable poco antes, llegaba el abastecimiento de agua a todo un sector bajo de la ciudad.

Pero cuando estaban entrando en la plazoleta una voz alarmada sonó en otro de los colectores estrechos y la pudieron oír distintamente:

—¡Quién va! ¡Deténganse o disparamos!

—¡Aprisa! —ordenó Alan al tiempo que él y su acompañante disparaban sus metralletas sobre la boca del colector.

El tableteó repercutió con fuertes ecos en la bóveda y oyeron un alarido

de agonía. Pero también allí enfrente sonaron las metralletas y avispas de acero los buscaron furiosas…

Morales, Consuelo y los otros dos hombres se habían apresurado a saltar al cenagoso fondo de la plazoleta y chapotearon hacia el amparo de la gran cañería de cemento, mientras Alan y su acompañante buscaban presurosos la desenfilada. Desde el interior del colector pequeño llegaban ráfagas de metralleta.

En dos saltos, Alan se tiró al fangal. Morales lo tenía todo dispuesto y al pie de la escalera había botas de pocero para todos, que ahora les permitían eludir las más desagradables consecuencias del avance. El piso estaba resbaladizo y las aguas negras les llegaban casi al borde de las botas, el olor era nauseabundo.

—Deben haberse resguardado en el recodo —le dijo Morales.

—Sí. Y los de abajo ya saben dónde estamos. En cinco minutos tendremos encima enemigos por todas las salidas de colector.

—No lo conseguirán —Morales sacó algo y se lo mostró. Plástico…—. Podemos bloquearlas eficazmente.

—¿Y por dónde escapamos?

—Por esa.

—Que uno de sus hombres cubra ese colector y otro el grande. Manos a la obra.

Los policías frenados en el colector más estrecho seguían disparando con la esperanza de retenerlos en la plazoleta y dar tiempo a que llegaran otros grupos a cercarlos y atraparlos. A la orden de Morales, uno de sus hombres se escurrió hasta un punto desde el cual abrió fuego y el otro se agazapó en la salida del colector grande. Alan tomó el plástico y ordenó:

—Que la muchacha y el otro hombre sigan con precauciones por ese camino.

—¿Qué va a hacer? Es aquí donde debemos poner el plástico…

—No. Es ahí, para que al estallar los pedazos de cemento formen dique y rebalsen el agua durante algún tiempo. Entonces refluirá por los colectores altos y detendrá a quienes puedan venir por ellos, obligando a huir a esos de enfrente. Cuando reviente el dique, la avalancha se llevará al lago a los que nos siguen desde su casa.

Mientras hablaba ya estaba actuando. Rápidamente colocó las cargas bajo la gran tubería, ayudado por Morales. Cuando terminaba, el vigilante del colector grande avisó:

—¡Llegan ya!

—¡Vámonos!

Los cuatro hombres retrocedieron chapoteando en las aguas turbias y mal olientes hasta la boca del colector pequeño que iban a seguir. Alan se quedó el último, con el detonador en sus manos. Deteniéndose ya en el colector, que iba a resguardarlos de la explosión, aguardo a que sus

compañeros se alejaran unos metros y apretó el botón.

El tremendo estampido de las cargas de plástico, amplificado por los ecos en el muy cerrado ámbito, lo ensordeció. Allí enfrente, tras alzarse dos llamaradas cárdenas, una nube de polvo y cascotes estaba deshaciéndose, pero enormes pedazos de la tubería de cemento y parte de la superestructura de los colectores caían en el lugar preciso, formando el esperado dique. Unos seis metros de la gran tubería habían sido destrozados y el agua borbotaba con estruendo por la rotura, elevando aprisa el nivel de las sucias aguas de los colectores…

Con una sonrisa fría, Alan retrocedió y apresuró su marcha por el fondo del colector, donde veinte centímetros de aguas sucias se habían poblado de ratas asustadas por el estruendo. Terrón y sus esbirros iban a tener dificultades…

CAPÍTULO IX

El aire puro y fresco de la noche era una bendición. La muchacha y los hombres salieron uno tras otro allí, al silencio de las ruinas, y durante algunos minutos permanecieron en silencio, gozando a pleno pulmón de aquella dicha. Luego volvieron a la realidad.

—Terrón no cuenta con hombres suficientes para bloquear todo el sistema de alcantarillado —dijo Morales—. Eso nos dará tiempo para huir.

—Así sea. ¿Cuál es el próximo paso?

—Hay que llegar a la hacienda de don Higinio Montes, a una legua de aquí. Allí nos esperará una camioneta llena de cajas de material para las minas de Ocote.

Usted y Consuelo subirán a ella y seguirán camino a Samaná.

—¿Tan fácil?

—No es nada fácil. Todas las carreteras que pueden llevar a Samaná están controladas por los conspiradores, que detienen y cachean a todos los sospechosos, así como a sus vehículos. Pero la maquinaria para las minas pasará, porque están a cincuenta kilómetros del lugar de las maniobras. Usted y Consuelo viajarán dentro de la camioneta, en un hueco formado por los cajones. Cuando lleguen cerca de las minas se apearán en el lugar donde son esperados y deberán emplear todo el día siguiente atravesando los montes de San Miguel, infestados de patrullas que vigilan todos los senderos desde hace dos meses con orden de matar y enterrar en la selva a todo sospechoso que aparezca. Si logran atravesarlos deberán aguardar a la noche en la aldea de Santo Espíritu, como a una legua del puesto de mando del general. Allí se les reunirá alguien que tratará de introducirlos en el campamento y hacer que consigan llegar junto a Ramírez.

Alan indicó a la muchacha, que estaba terminando de quitarse las sucias botas y no había pronunciado una queja durante todo el penoso trayecto.

—¿Por qué ha de venir ella?

—Es imprescindible. Los conspiradores han tomado todas las medidas y el general no creería una palabra del complot a nadie, por íntimo suyo que fuera ya que considera al presidente como por encima de toda sospecha y a Calleja un reaccionario aristocrático cuya última acción sería aliarse con los rusos o los chinos, aparte de ignorar todo lo referente al «ciclopium». Pero si es su propia hija quien entrega el mensaje la creerá.

—Comprendido. Y el mensaje va en esa cartera.

—No. Lo lleva ella, oculto en una faja elástica especial.

—Bonito escondite… Vámonos, cuanto menos nos demoremos será mejor. A estas alturas los conspiradores ya saben que hemos escapado y tratarán de cortar todas las vías de salida.

—Por donde vamos a ir no vendrán.

El pequeño grupo, tras esconder las botas dentro de la alcantarilla en desuso, abandonó las silenciosas ruinas y se introdujo en el bosque, deteniéndose en el arroyo lo justo para quitarse el olor de las cloacas. Luego, guiados por uno de los hombres de Morales, al parecer práctico en el terreno, se hundieron en la negra masa del bosque tropical que crecía en las faldas del monte a poca distancia de la capital y durante más de una hora avanzaron sin tener ningún percance, salvo tropezarse dos veces con sendas víboras nocturnas que, deslumbradas por las lámparas eléctricas, huyeron sin atacar.

Luego de cruzar el bosque salieron a un espeso cafetal y a su través fueron avanzando hasta desembocar en una zona de campos cultivados. El resplandor de las luces de San Rafael quedaba en la distancia, la noche era tibia, hermosa y tranquila por demás…

Finalmente, el pequeño grupo llego a la hacienda de don Higinio Montes, un conjunto típico de edificaciones en torno a un patio. Todo dormía, menos dos hombres armados que surgieron de pronto de la oscuridad apuntándoles sus rifles y pidiendo el santo y seña, que Morales dio.

—Este es un lugar seguro. Don Higinio ha sido siempre muy amigo de Weltzer Arencibia.

—De todos modos, conviene que no nos demoremos.

—Ya está todo listo, desde anoche.

—¿Desde anoche?

—Claro. Ustedes dos tenían que haber salido entonces.

—Y supongo que el profesor Miranda lo sabía…

—Solo sabía que iban a viajar ocultos en un vehículo. ¿Teme que nos tengan preparada alguna trampa? Habrían venido aquí.

—Sí, claro…

La camioneta era de cinco toneladas y no muy nueva, estaba completamente llena de lo que parecían ser grandes cajones. Consuelo había desaparecido en el interior de un cobertizo, donde un hombre armado con rifle quedó de guardia.

—Ha ido a cambiarse —le dijo Morales—. Lo hubiera hecho en la casa, pero no nos dieron tiempo. Venga y vea cómo está todo arreglado.

Era bastante bueno. Las cajas habían sido estibadas de manera que en pleno centro del vehículo quedará un hueco capaz de recibir a dos personas que permanecieran en cuclillas o sentadas, tan pegadas como

sardinas en una lata, una manta doblada les serviría de asiento y, desde luego, en cuanto llevaran diez kilómetros de viaje estarían totalmente inútiles para cualquier acción.

—No habrá ningún peligro, pero en caso de sospecharlo pueden salir moviendo la caja superior. Está de tal modo colocada y preparada que se deslizará hacia la cabina sobre la grasa, dejando el espacio suficiente tara que puedan izarse fuera y salir.

Había cosas más burdas y peores. Alan nada dijo. Siempre, según su propia experiencia, los conspiradores iberoamericanos sabían conjugar una extraordinaria inteligencia y sagacidad, un coraje a toda prueba, con puerilidades dignas de las tiras cómicas de los periódicos. Y a veces, forzoso era reconocerlo, tales puerilidades tenían éxito. Porque desde luego a ninguno de los avetados agentes soviéticos o chinos en Costa Blanca, ni tampoco al refinado canciller Calleja, se les ocurriría que sus enemigos pudieran tratar de meter a un agente de la «Sección H» y a la hija de Ramírez en aquella camioneta llena de cajones de maquinaria. A Terrón sí. Terrón tenía la mentalidad de sus paisanos…

Consuelo regresó pronto. Llevaba una camisa blanca, unos pantalones varoniles, botas de media caña,I una chaqueta de hombre que le venía un poco grande y un cinto con un revólver calibre 38. Estaba bonita y atractiva.

—Estoy lista —dijo con decidido acento. Y Morales le entregó una metralleta.

—Sabe lo que se está jugando y lo que debe hacer, Consuelo —le dijo —. Que Dios y la Virgen la protejan

—Así sea —dijo sencillamente la muchacha. Y besó a Morales en una mejilla, volviéndose luego a Alan—. Cuando guste, señor.

Se izó ágilmente, sin ayudas, al camión y luego trepó por los cajones al agujero de lo alto, deslizándose a su interior. Alan y Morales se estrecharon las manos con fuerza.

—Tengo fe en usted. Cuide a Consuelo y, salve al general.

—Es mi tarea. Hasta la vista. No se deje atrapar

—Ya tengo experiencia, usted lo sabe…

Era un hombre honrado y valiente, inteligente y duro. Hombres como él le venían bien a cualquier país…

Se deslizó dentro del agujero y para ello tuvo que rozar fuerte a la muchacha. Luego ambos se acomodaron como mejor pudieron, entrecruzando sus piernas. Ella tenía muslos delgados, prietos, largos para su estatura. Y, afortunadamente, era delgada.

Les echaron por encima el cajón, afianzándolo. Y al poco el camión comenzó a moverse. Entonces la muchacha susurró:

—¿Cree que lo conseguiremos, señor?

—Yo estoy seguro de que sí.

—Dios le oiga. Mi padre es todo lo que tengo en el mundo, es un gran hombre, el país lo necesita y no debe morir en este inicuo complot.

—Conozco a su padre, señorita Ramírez. ¿Cómo supo lo que se preparaba contra él?

—Vino un agente británico, en compañía de una persona de toda mi confianza, a mí domicilio en Méjico. Me lo contaron todo y me pidieron mi colaboración. Yo no podía sino responder una cosa.

—Es natural. ¿Cuánto hace que no ve a su padre?

—Cuatro meses. Tengo que venir de incógnito siempre, él y yo pasamos cortas temporadas en su hacienda del río Marién.

—¿Y por qué ese incógnito, si la tiene legitimada?

—Usted no conoce mucho nuestro país, claro. Verá, mi madre es María del Remedio Neguri Weltzer Arencibia, medio hermana del actual presidente y esposa del doctor Solís, el dictador y jefe de los conservadores.

Alan dominó un leve silbido de excitación. Aquella sí era toda una noticia. Ramírez teniendo una hija natural con la esposa de su peor enemigo político, el hombre que lo tuvo delante de un pelotón de ejecución dos veces y al que finalmente había derrocado, obligándolo a exiliarse con deshonor…

—Usted está sorprendido, claro —Consuelo tenía la voz dulce y triste —. Una historia fea, sucia, pensará…

—No, nada de eso.

—No lo es. Mi madre y la esposa de mí padre eran amigas de la niñez. A mi madre la obligaron a efectuar un matrimonio de conveniencia con Solís, precisamente para salvar la vida a su medio hermano, el actual presidente. Más tarde, siendo Solís embajador en Méjico, mi padre llegó asilado tras fracasar su sublevación contra el Gobierno del general Pinto. Fue casualidad que un día se encontraran él y mi madre. Se conocían de antiguo y mamá ya lo apreciaba mucho. A espaldas de su marido le prestó ayuda económica y así fue cómo brotó el amor entre ellos. Fue un idilio puro, me consta, entre una mujer casada a la fuerza con un hombre mucho mayor que ella y al que la vida conyugal le dio mil ocasiones para despreciarlo y aborrecerlo y un hombre valiente, generoso, joven, aureolado por el drama de lo que sus enemigos políticos le habían hecho a su único hijo. Y nadie supo nunca la verdad, porque ambos se jugaban la vida.

Calló y Alan respetó su silencio. Estaban siendo baqueteados de lo lindo por una carretera infame, pero entraron en otra mucho más buena, a juzgar por el cambio de ritmo en la marcha.

—Cuando supieron que yo iba a nacer las cosas se les complicaron mucho. Había que ocultárselo a Solís, con quien mamá ya no convivía maritalmente aunque se guardaban todas las apariencias. Por fortuna el

general Pinto llamó a Solís aquí, para encargarle el Ministerio del Interior. Mi madre se negó a seguirlo y pretextó una disputa hábilmente provocada por ella. Puesto entre la espada y la pared, no deseando un escándalo inoportuno, Solís marchó solo y se dijo que mi madre se quedaba a causa de una afección provocada por un virus, que recomendaba no viniera a San Rafael de momento. Para todo el mundo en antecedentes de las relaciones del matrimonio fue una discreta excusa a una evidente separación. El propio general Pinto insistió varias veces para que mi madre regresara, llegando a la amenaza. Pero entre unas y otras cosas se consiguió el tiempo necesario para que yo viniera al mundo sin escándalo.

»Mi padre llegó en secreto por mí, se me llevó y me colocó al cuidado de una persona de toda su confianza. Durante los cuatro primeros años de mí vida estuve con él. Luego fui confiada a un colegio de religiosas. Mis padres venían siempre de incógnito a visitarme y algunas veces coincidían, por unos días. Entonces éramos felices…

Volvió a callar. La camioneta mantenía su marcha normal sin novedad. Alan escuchaba a la joven manteniendo su atención puesta en el exterior.

—Así ha transcurrido mi existencia —siguió Consuelo—. Supe toda la verdad al cumplir quince años. Dada la compleja y delicada situación social y política de mis progenitores, el descubrimiento de mí existencia provocaría un desastre que los arrastraría a ambos. Mi madre está separada legalmente de Solís desde hace años, muchos, pero cuando él ganó las elecciones tras su golpe de Estado y se convirtió en dictador la forzó a regresar al Palacio. Luego, al ser derrocado, mi madre se separó definitivamente de él. He tenido que vivir oculta, bajo nombre supuesto, porque me parezco demasiado a ella y si Solís descubriera mi paradero me haría asesinar. Mi padre no me puede reconocer porque está casado y su esposa, que lo detesta, así como la familia de ella, harían lo imposible por hundirlo política y socialmente, tienen medios de lograrlo. Vivo con mi madre ahora, clandestinamente, en Méjico, pero siempre en vilo. Los pocos que conocen mi existencia ignoran, unos quién es mi padre, otros quién es mi madre. No soy feliz, señor Trayne, créame. Pero amo a mis padres, mucho, y estoy dispuesta a dar mi vida para salvar al general Ramírez.

Calló. La emotividad de sus palabras había llegado a conmover a Alan, que no se conmovía fácilmente. Ahora buscóle a tientas una mano y se la oprimió.

—Usted es una estupenda muchacha, señorita Ramírez —le dijo—. Y lo vamos a conseguir.

No había terminado de decirlo cuando el camión pegó un frenazo seco. Y una voz ronca, imperativa, se escuchó en el exterior:

—¡Deteneos!

CAPÍTULO X

Los dos viajeros clandestinos contuvieron el aliento. Alan notó enrigidecer a la muchacha. Por su parte tenía frío y lúcido el cerebro. Si era lo que recelaban, estaban listos…

Allí fuera, el camión había sido detenido por una barrera colocada en la carretera y una docena de soldados armados. Uno de ellos, un sargento, en compañía de un agente de la policía especial del coronel Terrón, se acercó a la cabina e interrogó rudamente a los dos hombres jóvenes que iban allí.

—¡A ver, vosotros! ¿A dónde vais?

Ellos estaban preparados y se mostraron impasibles. El conductor replicó tranquilo:

—Llevamos maquinaria a las minas de Ocote. Aquí están los documentos.

El sargento los tomó y se los entregó al policía, que los examinó muy atentamente a la luz de los faros, mirando de cuando en cuando a los de la cabina. Los soldados tenían semirodeado el camión.

El policía se les acercó, mirándoles de lleno con suspicacia.

—Este envío debió ser efectuado ayer. ¿Por qué no se hizo así?

—Yo solo soy un mandado. Creo que hubo no sé qué dificultad en el embarque, cayó un cajón y se rompió una pieza, tuvieron que esperar a que trajeran otra de Puerto Valdés.

El policía pareció sopesar sus palabras, luego devolvió los documentos e hizo seña al sargento de que podían seguir. El sargento así lo ordenó y la camioneta cobró velocidad, pasó la barrera y se alejó…

En el escondrijo, Alan y Consuelo lo habían oído todo. Ahora, él habló:

—Prepárese. Tenemos que abandonar la camioneta en marcha, sin que se enteren los conductores.

—¿Por qué?

—Ese policía comunicará el incidente. Estarán sobre aviso después de que los hemos burlado y sospecho que tienen algún informe sobre el medio que pensamos emplear para llegar junto a su padre. Sin duda en el próximo control ya nos tendrán la trampa preparada.

—Pero…

—Escúcheme. Saltaremos cuando el camión esté subiendo una de las pendientes de la cuesta de Orellana. Calculo que el próximo control lo tendrán en el alto que existe antes de llegar a Riochico porque no querrán cogernos donde pueda haber testigos. Nosotros nos meteremos en el

bosque y seguiremos camino hacia el alto. Si no fallan mis cálculos, cuando descubran que no estamos en la camioneta nos buscará en esta dirección, sin saber dónde nos hemos apeado. Aprovecharemos esa oportunidad. ¿De acuerdo? ¿Tiene miedo?

—No lo tengo. Le obedeceré.

—Así me gusta. Ahora.

Se incorporó, asió la gran caja y la empujó con todas sus fuerzas. El vehículo estaba comenzando a subir una pronunciada cuesta y había disminuido mucho la velocidad.

La caja se deslizó con más dificultades de las que Morales supusiera, pero finalmente dejó hueco bastante para que Alan pudiera izarse al exterior.

Una ojeada le permitió ver que no había fallado sus cálculos. La carretera reptaba por la falda boscosa de un monte, hacia la cortadura en V por dónde se pasaba del valle de San Rafael al más amplio y menos poblado de Itirindá. Aún tenían tiempo…

Ayudó a salir a la muchacha y luego volvió a poner el cajón en su lugar. Ella aguardaba acurrucada el fin de su maniobra. Finalmente quedaron juntos, agarrados a la cajas sobre la parte trasera.

—Ahora yo me voy a arrojar del camión. Fíjese en cómo lo hago e imíteme. Cuando se suelte procure caer sobre sus pies y flexione sus rodillas, aunque voy a estar probablemente a su lado para sostenerla. ¿De acuerdo?…

—De acuerdo…

Había que aguardar aún unos minutos. Finalmente, a solo quinientos o seiscientos de la cima del paso, Alan decidió que era el momento. Ambos se descolgaron manteniéndose agarrados al tablero de atrás de la caja del camión. Y en un momento dado, Alan saltó.

No hubo problemas para él. Cayó de pies, con una ligera flexión de rodillas. La velocidad del camión sería de unos quince kilómetros hora, escasamente. Corrió y lo alcanzó cuando la disminuía para tomar una curva.

—¡Ahora, salte!

Consuelo se había dejado colgar cuan larga era y trotaba desesperadamente tratando de mantener el equilibrio. Iba a caerse…

En dos saltos Alan llegó a su lado y la sujetó cuando se soltaba. Faltó poco para que ambos, perdido el equilibrio, fueran a golpearse contra la caja del camión, pero finalmente aquello no sucedió.

—Lo siento —se disculpó Consuelo, jadeando—. No hice lo debido…

—No importa. Ahora corra, salgamos de la carretera.

Ella le obedeció sin rechistar. Alan llevaba las metralletas y no le entregó una hasta que estuvieron en la espesura. El camión iba ya por encima de ellos.

—Tenemos que alcanzar pronto el alto y mantenernos emboscados. Si es como sospecho habrá una veintena de hombres aguardándonos arriba.

—Entonces nos capturarán…

—Ya lo veremos.

Avanzaron tan aprisa como les era posible por el terreno abrupto y selvoso. De pronto, el ruido del camión, allí arriba, se apagó…

—Los han detenido —Alan se sentía totalmente sereno—. Ahora emplearán unos minutos preciosos en comprobar y decidir qué van a hacer.

—¿Y qué haremos nosotros?

—Aprovecharlos para llegar allí.

No se había equivocado salvo en el número de los que detuvieron al camión. Eran exactamente una docena, al mando de un teniente de la policía. Ahora dos de ellos vigilaban, fusil en ristre, a los conductores del vehículo puestos manos arriba a un lado, en la cuneta, y otros varios estaban comprobando el cargamento con linternas eléctricas. El teniente y los restantes vigilaban. La barrera había sido formada con un jeep y un turismo de la policía de San Rafael junto a una casa blanca de un solo piso, especie de ventorrillo, a la sazón oscura y silenciosa.

—¡Si están ahí dentro entréguense sin resistir! —la seca voz del oficial llegó distinta a los oídos de Alan y Consuelo—. ¡O dispararemos por las juntas de los cajones!

—Vamos…

—¿Qué va a hacer?

—Sígame y no haga ruido. Nos jugamos la vida.

Ella tenía temple. Consiguieron llegar sin novedad a veinte metros escasos de la carretera y desde allí lo presenciaron todo.

—¡Aquí hay un escondrijo, mi teniente! ¡Pero está vacío!

El teniente afrontó a los dos conductores. Su primera acción fue golpearlos en la cara con una especie de rebenque. Luego los interrogó:

—¿Dónde están los fugitivos? ¡Contestad pronto!

Los dos tenían temple. Y debían hallarse bastante sorprendidos por lo ocurrido. Golpes y amenazas no lograron sacarles lo que no sabían. El teniente estaba furioso. Fue al automóvil y debió hablar allí por radioemisor con la capital. Cuando regresó, Alan, dejando oculta a Consuelo, había reptado temerariamente hasta el mismo borde de la carretera, ocultándose allí.

—¡Sargento Jover! Tome cinco hombres y bájeme por la carretera en el jeep, registrándola bien con los faros y las linternas hasta que encuentre a la patrulla que viene desde Acha. Esos dos deben haberse apeado entre allá y acá. ¡Hay que encontrarlos pronto! ¿Comprende?

El sargento asintió y se llevó a varios hombres al jeep. Mientras, el teniente encaró a los prisioneros.

—En cuanto a vosotros, vais a enteraros de lo que cuesta traicionar al país. Ahora iréis al paredón.

—No somos traidores —le replicó, el conductor—. ¡Somos patriotas!

El teniente lo derribó de un golpe y ordenó que los llevaran a la casa, a fusilarlos. Solo quedaron dos hombres de guardia en la carretera, los cuatro restantes, con el propio teniente, se llevaron a los presos.

Alan vio descender al jeep cuesta abajo y aguardó a que los presos, con sus guardias y ejecutores, desaparecieran a la vista. Los dos hombres que quedaban en la carretera tenían su atención en aquello y encendieron cigarrillos, comentando entre jocosos y crueles la suerte que iban a correr los prisioneros.

—A ese extranjero y esa chica los cogeremos…

El que hablaba no tuvo tiempo de completar su frase. Alan les cayó encima como brotado de las sombras y de un golpe de metralleta le partió el cráneo al que tenía más a mano. Antes de que el otro pudiera hacer o decir nada se encontró el cañón del arma en el gaznate.

—Abre la boca y te abraso.

No la abrió. Y obedeció la orden de soltar su fusil y alzar los brazos. Rápido, Alan lo envió al limbo.

Corrió como pocas veces corriera, a salvar dos vidas. Y llegó a la esquina de la casa a tiempo de ver cómo los cuatro policías encañonaban a los dos hombres alineados contra la tapia del corral de la casa. El oficial aún dijo algo a los que pensaba matar.

—Por última vez. ¿Dónde dejasteis a esos dos?

—¡Viva la patria y el general Ramírez!

—Vosotros lo queréis.

Alzó la mano… y fue lo último que hizo.

Alan surgió por la esquina disparando en abanico. El oficial se dobló hacia delante y cayó pesadamente a tierra. Los cuatro policías, sorprendidos, no pudieron cambiar el punto de mira de sus armas con la suficiente rapidez y uno tras otro fueron abatidos por las cortas ráfagas de proyectiles. Luego quedó un pesado silencio…

Los dos salvados de la muerte «in extremis» apenas si podían creerlo, pero Alan no les dejó hacer preguntas.

—¡Aprisa, a la carretera, quiten sus uniformes a los dos que están allí!

Eran de rápidas entendederas y obedecieron corriendo. Por su parte, él se acercó al teniente de la policía y lo examinó. Era delgado, de media estatura. No le servirían sus pantalones ni sus botas, pero la guerrera tal vez…

Tardó dos minutos en quitársela y recoger la gorra. Estaba la primera manchada de sangre, pero nadie lo vería de noche…

—¡Consuelo, baje, aprisa! —le gritó a la muchacha cuando regresaba a la carretera, donde los dos conductores del camión ya habían dejado en

paños menores a los inertes policías. Y ella descendió ligera.

—¡Desinflen las ruedas luego de cruzar el camión en el camino!

Trabajaron con gran celeridad, obedeciéndole sin pronunciar palabra. El camión quedó atravesado y con las ruedas desinfladas. Quienes quisieran pasar iban a tener trabajo…

—¡Al automóvil! ¡Consuelo, usted delante!

El tomó el volante y lo puso en marcha, acelerando hasta una velocidad peligrosa mientras descendían. A su lado, la muchacha contenía el aliento y se agarraba fuerte. Atrás, los dos hombres que se consideraban recién nacidos guardaron silencio también.

Alan manipuló el transmisor y pronto se escuchó una voz fuerte, imperativa.

—¡Teniente Lasplazas, conteste! ¿Hay alguna noticia? ¡Conteste!

—¡Ese es Terrón! —susurró el conductor del camión. Alan ya lo sabía y habló, fingiendo la voz del teniente:

—Estamos rastreando todo el terreno, mi coronel. Aún no hay ninguna…

Hubo un breve silencio. Y ahora la voz sonó con una nota metálica:

—¡Usted no es Lasplazas! ¿Quién es?

—¿Por qué no trata de adivinarlo, coronel?

La respuesta fue una sonora maldición. Alan cerró el aparato e inquirió de los hombres que acababa de salvar:

—No conozco bien el terreno. Van a darnos caza como si fuésemos fieras rabiosas, pero no creo que Terrón disponga de fuerzas suficientes para cerrar todos los caminos enseguida. ¿Sabe alguno de ustedes por dónde podemos burlarlos?

—Yo sé lo diré —el conductor del camión había demostrado de sobras su temple—. Al llegar a Riochico, al otro lado del pueblo, tome la carretera de la izquierda, nos llevará a Pajonal. Con suerte, antes de que puedan organizar de nuevo la caza estaremos metidos en los montes de San Miguel…

—Eso es lo que deseo. Consuelo, va a pasar atrás y acurrucarse, tapándose con esa guerrera y esa gorra. No quiero que la reconozcan en Riochico…

CAPÍTULO XI

Había otro puesto de control policial en Riochico, pero no debían disponer de radioemisora. Y mientras se efectuaba el cambio de asientos, Alan, con el otro mozo, se encargó de que Terrón no pudiera comunicar por teléfono con el cuartelillo de la policía local, cortando los hilos en uno de los postes que flanqueaban la carretera.

Sin embargo, cuando se aproximaron al pueblo Alan ordenó:

—Alisten las armas. En cuanto yo lo ordene, abran fuego.

—Descuide, que no nos vamos a quedar atrás…

Debían tener muchas ganas de apretar el gatillo después de lo que acababan de pasar, desde luego…

—Acurrúquese, Consuelo.

—Sí…

El pueblo dormía apaciblemente y no eran demasiadas las luces ni siquiera en la carretera. Entraron en él sin novedad, pero al doblar una curva entre los edificios vieron a una furgoneta obstruyendo el paso y a cinco o seis policías armados y parapetados. Alan hizo sonar la sirena y los desconcertó, frenó lo justo para pasar rozando a dos de ellos que se echaron violentamente atrás y les gritó:

—¡Manténganse bien alerta o les pesará! ¡Qué no pase nadie sin registrarlo!

Antes de que los otros pudieran reaccionar ya estaba alejándose.

Salieron del pueblo y a menos de un kilómetro de distancia vieron la bifurcación. Alan giró y se introdujo por la carretera de la izquierda, mucho más estrecha y peor que la principal.

—Si podemos llegar a Pajonal tal vez consigamos escabullimos —le dijo el conductor del camión—. Ellos tardarán en averiguar por dónde fuimos.

—¿A qué distancia está Pajonal?

—Unos cincuenta kilómetros.

—¿Y Samaná?

—A ciento setenta, más o menos. Pero no podemos tomar por la carretera y deberemos cruzar la sierra. Nos va a llevar casi todo el día, con suerte. Está infestada de patrullas puestas allí por los traidores para impedir el paso a mensajeros y a cualquiera que vaya a husmear en las montañas.

—Nosotros tendremos que pasar. ¿No hay ninguna carretera como esta?

—Esta termina en Pajonal.

—No vamos a poder conseguirlo —dijo Consuelo, nerviosa—. Ahora los enemigos de mí padre precipitarán su plan y van a cerrar un cordón de vigilancia a su alrededor…

—Eso aún está por ver —Alan se mantenía con la vista fija en la carretera, conduciendo a la mayor velocidad posible—. De momento los hemos desconcertado.

Abrió de nuevo el transmisor. Ahora pudieron escuchar la voz de un oficial dando órdenes.

—Manden fuerzas a cerrar toda la carretera desde San Benito a Bienandanza… Otras patrullas deben recorrer el valle hacia Pajonal y Chiricuá… Todo el mundo estará alerta y disparará apenas vea a los fugitivos. Tengan en cuenta que viajan con un patrullero de la policía de la capital.

—Están tomando todas las rutas —dijo el conductor del camión—. No podremos llegar a Pajonal. Usan una longitud de onda especial para la policía secreta y son muchos…

—Aún no ganaron.

—Dios y la Santísima Virgen no han de permitir que esos malvados se salgan con la suya —dijo fervorosa Consuelo—. Tenemos que conservar el ánimo…

—Nosotros lucharemos hasta morir, señorita…

Alan no hablaba, tenía que reflexionar. Calleja y Terrón se lo jugaban todo a la baza de atraparlos y habían lanzado, sin duda, a todos sus sabuesos en su persecución. También los agentes chinos y rusos habrían tomado ya, a estas alturas, parte en la caza. A su favor tenían la noche, la amplitud de la tierra poco poblada… y la audacia, también la certeza de que sus enemigos eran implacables. Nada estaba perdido, aún…

Vio acercarse al otro vehículo gracias a la luz de sus faros. El llevaba los suyos al mínimo de luminosidad y ahora los apagó, deteniéndose poco a poco. Consuelo inquirió, nerviosa, qué pasaba.

—Alguien se acerca. Voy a desviarme para dejarle paso o detenerlo a tiros, según convenga.

Metió el coche dando tumbos entre unos árboles. Luego los tres hombres se apearon, armas en mano, y fueron a apostarse convenientemente.

Tres o cuatro minutos más tarde vieron llegar al vehículo. Y cuando estuvo lo bastante cerca Alan respiró con alivio.

—¡Vamos a pararlo!

El hombre que guiaba el jeep sobrecargado con fardos de productos hortícolas se llevó un sobresalto tal que se quedó sin habla al ver surgir a tres presuntos policías dándole el alto en medio del campo y a plena noche. Pero obedeció y balbució, temblón, que era hombre de bien…

—Abajo, amigo —le ordenó Alan—. ¿Quién es y a dónde va?

Se llamaba Tiburcio Freyre e iba, según dijo, a vender sus hortalizas en el mercado central de San San Rafael. Un pobre hombre más muerto que vivo…

Y providencial. Alan ordenó descargar el jeep y dejar las hortalizas junto al patrullero, a más de doscientos metros de la carretera. Luego trasvasó el resto de la gasolina del tanque del patrullero al del jeep. Finalmente el bueno de Freyre fue concienzudamente amarrado al tronco de un árbol y para aliviarle las penas Alan le metió unos billetes en el bolsillo del pantalón.

—Procuraremos no estropearle el jeep, amigo, pero cuando lo descubran olvídese del camino que nos vio seguir.

Poco después los cuatro iban dando tumbos sobre el jeep por un camino que el patrullero habría seguido más dificultosamente.

—Seguimos teniendo suerte. Con este vehículo podremos incluso llegar muy adentro en las montañas…

Eso había pensado Alan. Ahora se trataba de un juego de zorros…

El alba los encontró reptando penosamente por la ladera de un monte cubierto de boscaje, a más de doscientos kilómetros de San Rafael y ya dentro de la abrupta serranía de San Miguel, pero a cosa de cuarenta kilómetros del punto donde se había descubierto el «ciclopium». Sin embargo, no tardaron en comprobar que no estaban, ni con mucho, fuera de riesgos.

—¿Qué es eso?

El ruido procedía de lo alto y Alan lo identificó enseguida. Un helicóptero volando bajo…

Rápido, desvió el jeep fuera del camino y lo introdujo, dando tumbos, a unos sesenta metros ladera abajo, emboscándolo bajo las espesas copas de los árboles. Magullados y nerviosos, los dos costablanqueses y Consuelo saltaron del mismo para resguardarse mejor. Alan también, pero a completar velozmente el «camuflage».

El helicóptero apareció poco después, volando casi a ras de los árboles más altos. Lo ocupaban dos o tres hombres y estaba armado con una ametralladora pesada. Durante casi diez minutos rastreó todo el valle por dónde el camino reptaba, luego remontó vuelo y desapareció al otro lado del monte.

—No escatiman nada —dijo Alan cuando volvieron al jeep—. Bueno, adelante.

—¿Cree que lograrán localizarnos? —inquirió Consuelo. A la luz del amanecer semejaba muy pequeña, frágil y bonita, con sus grandes ojeras. Era, sin duda, una brava muchacha. Alan le sonrió como él sabía hacerlo.

—Esperemos que no.

Pero no tenía demasiadas esperanzas.

Consiguieron atravesar no obstante sin novedad aquel valle, subir a un difícil collado y descender a otro abierto por el río Daroní entre los altos montes selváticos, una brecha profunda y zigzagueante donde el camino era apenas como un trazo de lápiz en un dibujo verde, permaneciendo buena parte del tiempo oculto bajo el toldo de la selva.

Llevaría unos cuatro kilómetros por lo hondo del valle cuando de repente el helicóptero se les echó encima como un halcón sobre un conejo. No lo oyeron llegar desde lo alto y a su espalda, surgió sobre las copas de los árboles como un trueno repiqueteante y al mismo tiempo los proyectiles de la ametralladora golpearon el camino rozando el flanco derecho del jeep.

Consuelo chilló y se acurrucó, los dos hombres de Costa Blanca se volvieron, alarmados, tratando de disparar sus rifles, Alan movió frenéticamente el volante en zig-zag…

El helicóptero pasó rugiendo, cobró altura y viró, para volver sobre ellos.

—¡Rápidos, a los árboles!

Con un seco golpe de votante, Alan dobló al jeep y lo hizo salir del camino, lo paró en seco y saltó fuera cuando ya regresaba el helicóptero. Consuelo se tiró no menos ágilmente al suelo, pegándose al vehículo. El conductor del jeep logró alcanzar el amparo de un árbol, pero el otro muchacho fue alcanzado de lleno por la ráfaga de proyectiles y cayó con un alarido de agonía...

Girando veloz sobre sí mismo Alan esquivó otra ráfaga de balas de ametralladora por centímetros, luego abrió fuego sobre la panza de la gigantesca libélula mecánica, sin apreciables resultados. Dio un salto y se puso en pie, rodeó al jeep y ayudó a levantarse a Consuelo.

—¡Vamos, corra!

Tenían solo diez metros hasta un gran árbol de tronco protector. El helicóptero giró en ángulo agudo y bajó tronando sobre ellos. La pesada ametralladora de calibre doce les envió la muerte…

De un empellón, Alan metió a Consuelo al amparo del tronco y se tiró tras ella como un campeón de «rugby». El conductor del camión, hizo fuego con su rifle, sin suerte…

Alan y Consuelo se miraron, jadeantes. Ella estaba pálida, pero corajuda.

—Nos van a matar como a ese pobre muchacho.

—No podrán, ahora. Pero sí retenernos clavados aquí hasta que vengan a por nosotros. Mírelo, ya vuelven.

Esa, sin duda, era la táctica de los atacantes. Pero cuando una granada de mano estalló a corta distancia y faltó poco para que las esquirlas los hirieran, Alan comprendió que debía actuar.

—Quédese aquí.

—¿Qué va a hacer?

—Si no los derribamos acabarán con nosotros echándonos granadas.

—Pero… ¡No lo haga, es suicida!

Era un riesgo más. Alan calculó la distancia y, cuando el helicóptero pasó de nuevo, echándoles otra granada de mano y otra ráfaga de ametralladora que tampoco lograron alcanzarlos, respiró hondo y en rápida carrera llegóse al jeep tumbándose a su amparo. Como lo hubieran visto estaba perdido. Una granada sobre el vehículo lo haría saltar por los aires…

—¡Dispáreles desde ahí! —le ordenó al conductor del camión, que obedeció, El helicóptero volvió a descender, la ametralladora a escupir proyectiles, ahora buscando al otro hombre…

Alan contuvo el aliento, aguardó a tener el vientre del aparato a la distancia conveniente y entonces se levantó, apretando el gatillo mientras movía el arma siguiendo a la pieza…

Abajo estalló una granada con fuerza y oyó silbar cerca esquirlas de metralla. Pero solo tenía ojos para el helicóptero. Vio cómo surgía una llamita, luego cómo la llamita aumentaba vertiginosamente, el aparato hacía un guiño raro…

Se le perdió de vista sobre los árboles, pero treinta segundos más tarde se escuchó una tremenda explosión cercana. Y Alan supo que había ganado otra baza.

Consuelo llegó a su lado respirando muy fuerte. Pero el conductor del camión estaba caído junto al árbol.

Había recibido dos de las esquirlas de metralla y sus heridas eran serias. Alan lo comprobó y tomó inmediatamente una decisión.

—Escúcheme. No puedo detenerme a curarlo aquí ni tampoco es posible llevarlo con nosotros…

—Déjenme…

—Calle. Lo voy a montar al jeep y lo llevaré a buena distancia, dejándolo oculto fuera del camino, en la selva. Le dejaré material de curas, su arma y la comida que llevamos. Si hay suerte, podremos enviar a buscarlo. No creo que lo puedan encontrar, no imaginarán que está tan cerca. ¿Comprendido?

Ni el herido ni Consuelo rechistaron. Ambos sabían que antes de nada las patrullas de Terrón llegarían por uno y otro extremo del valle, así como tal vez otro helicóptero. Los minutos contaban, no se podía tener blanduras.

Cargando al herido, Alan lo llevó al jeep, subió, tomó el volante y lo puso en marcha, mientras Consuelo procuraba taponar las heridas del mejor modo posible. Por suerte, el hombre se desmayó…

A un kilómetro de dónde sostuvieron el combate, Alan introdujo el jeep en la espesura, se cargó al herido y lo llevó cien metros más lejos,

metiéndolo en un lugar de flores y matorrales junto a un pequeño arroyo. Luego, entre él y Consuelo, sin hablar, procedieron a hacerle un taponamiento de urgencia. Tenía una herida en el brazo derecho y otra en el costado, ambas serias, pero que no serían mortales si se contenía la hemorragia. Solo que no se podían detener…

—Póngale a mano todo —dijo Alan al terminar, dejándole su pistola junto a la mano izquierda. Luego regresaron al jeep y al camino…

De momento todo estaba tranquilo, pero no se podían fiar. Ya llegaban a la cuesta terminal del valle cuando Alan introdujo veloz el jeep en la espesura, parando el motor. Consuelo iba a preguntar, pero calló al oír ruido lejano de otros motores.

—El viento nos favoreció —le dijo Alan, alistando la metralleta—. Espere aquí.

Se deslizó a la orilla del camino y se apostó allí. Poco después pasaron ante él un jeep y una furgoneta militar, ambas repletas de policías y soldados. Desde luego, Calleja y Terrón echaban toda la carne al asador…

Lentamente, Alan regresó junto a Consuelo y contestó a su mirada interrogante.

—Unos treinta policías y soldados. Les dejaremos llegar al helicóptero, nosotros vamos a seguir hasta dónde sea posible.

Ella no dijo nada. Tenía una magnífica cualidad, saber callar a tiempo.

Seis o siete minutos después el motor comenzó a ratear. Y pronto se paró.

Estaban a media ladera sobre el valle, pero no podían ver a sus perseguidores. Un silencio magnífico lo llenaba todo. Pero se habían quedado sin gasolina…

—¿Y ahora, qué?

—Ahora, seguiremos a pie.

Aprovechando los últimos restos de combustible consiguió arrastrar al jeep hasta el borde de un terraplén profundo y tupido de selva, echándolo por allí. El vehículo desapareció en el denso follaje…

Se miraron a los ojos. Y ella sonrió valientemente.

—Usted manda, señor.

—Vamos a caminar. Cuando oigamos vehículos nos ocultaremos. Puede que no descubran el jeep y eso nos favorecerá. Todo el terreno que ganemos vale.

—¿Cuando quieren matar a mí padre?

—Mañana, más o menos al mediodía, antes tal vez. Hoy no lo harán porque es domingo, la tropa descansa y su padre estará rodeado de leales todo el tiempo.

—¿Cómo quieren matarlo?

—La mujer que se hizo pasar por usted para atraparme cuando desembarqué me contó que un piloto de caza disparará dos cohetes al jeep

del general. Creo que dijo la verdad. Conté al falso profesor Miranda que ella afirmó sería un tanquista. El aviador asesino pondrá rumbo a San Rafael inmediatamente, pero se lanzará en paracaídas sobre la finca que tiene el canciller en el valle de Arellano, a unas treinta millas al sur de la capital. Cree que lo ocultarán eficazmente hasta tanto triunfe el complot, pero en realidad lo matarán y piensan hacerlo pasar por muerto dentro de su avión, eliminando así a un cómplice peligroso.

—Qué canallas…

—Llegaremos a tiempo de impedirlo, si la suerte nos sigue ayudando.

Pero él mismo no estaba nada seguro, a no ser que tuvieran mucha suerte. No podía dejar sola a aquella frágil muchacha, era su salvoconducto para llegar hasta Ramírez y ser creído. Pero se encontraban en medio de las montañas y a más de cien kilómetros del puesto de mando del general, a pie y perseguidos por docenas o tal vez cientos de sabuesos bien armados, que utilizaban todos los medios de rastreo…

CAPÍTULO XII

Pero la suerte pareció complacerse en seguir ayudándoles. Primero lograron alcanzar la cima del collado sin novedad, aunque solo se trataba del paso a otro valle angosto, selvático salvo en su centro, donde se alzaba un pueblo rodeado de campos de cultivo.

Había estado formándose rápidamente una de esas tormentas tropicales y Alan vio pronto la ventaja que para ellos suponía.

—Vamos a descender al pueblo. Con suerte, en dos horas llegaremos cerca del mismo. Si para entonces descarga la tormenta todo el mundo se meterá en casa y lograremos tal vez hallar un lugar seguro donde cobijarnos y esperar a que llegue la noche.

—Pero no nos podemos detener…

—Usted está ya casi agotada y no caminaría más de esas dos horas. De otra parte, mientras dure la luz diurna corremos peligro de ser descubiertos. Y no nos vendrá mal dormir un poco. Cuando caiga la noche intentaré apoderarme de cualquier vehículo que nos permita avanzar aprisa hacia Samaná.

No añadió que las probabilidades de conseguir todo aquello eran mínimas. ¿Para qué? Estaba tan seguro de llegar junto a Ramírez como de que Calleja y Terrón se convirtieran de la noche a la mañana en humildes frailes franciscanos…

Metidos en la espesura, bajo la calígine verde y espesa, sofocante como el interior de una «sauna», avanzaron procurando mantenerse a corta distancia del camino. Un silencio opresivo, ese silencio augusto y amenazador a la vez de la jungla, los envolvía…

Pero llegaron al borde de las plantaciones sin novedad. Y justo entonces descargó la tormenta.

Hallábanse a menos de un kilómetro de las primeras casas del pueblo. Alan tomó de la mano a Consuelo y la condujo, a trompicones, cegados por la turbonada, por entre los campos que rápidamente se convirtieron en fangales imposibles. Agotada, Consuelo cayó un par de veces. A la tercera, Alan la levantó y la llevó en brazos.

Pero incluso para él era tarea excesiva la de avanzar por senderos convertidos en arroyos, bajo el azote de una lluvia tan espesa que a cien metros ya no se divisaba nada con claridad, cargado con cuarenta y cinco kilos de carne joven y agotada, dos metralletas y dos noches sin dormir. Por eso, al distinguir la silueta de un edificio a corta distancia, se

encaminó allí diciéndose que, a toda costa, necesitaban descansar…

No era una casa de campo, sino una especie de choza larga para guardar ganado, con un retechado de arcilla y paja apto para soportar las fuertes lluvias. Tenía puerta, pero era un débil obstáculo para Alan, que pronto se vio dentro con Consuelo.

No estaba el ganado y sí el olor característico del estiércol. A la derecha, una rústica escalera conducía a una especie de desván abierto donde se distinguía un montón de paja o algo parecido. Tras cerrar y ajustar la puerta de modo que nadie sospechara, Alan condujo a la muchacha arriba y examinó el lugar.

—Es bastante mejor de lo que yo esperaba —la animó. Estaba pensando que aquella misión suya se caracterizaba por los sitios malolientes. Pero aquel se podía resistir.

Consuelo examinó el lugar, casi atestado de hojas de maíz secas, atadas hábilmente en fardos por medio de delgadas sogas vegetales. No tenían más luz que la proveniente de un ventanuco, casi una rendija, abierto en la pared bajo el techo, para ventilar el establo.

—Estoy tan cansada que hasta me parece maravilloso —dijo. Y sonrió, una sonrisa gloriosa habida cuenta de su estado.

—Le alisto una cama en dos minutos. Échese a descansar y quítese la ropa, es peligroso dormir con ella puesta. No se apure, yo me iré abajo.

Ella lo miró fijamente, con sus grandes ojos oscuros.

—Usted es un caballero, señor Trayne —dijo. Y Alan entendió perfectamente lo que quería decir.

Tras dejarla arriba, Alan se llevó un brazado de hojas al piso bajo y buscó un lugar, en el rincón bajo la escalera, dónde había poco estiércol y estaba seco, para esparcirlas. Luego se despojó de sus prendas, las escurrió y colgó de los barrotes de la escalera. Finalmente, se sentó, apoyándose en la rugosa pared.

Si no dormía siquiera un par de horas iba a quedar tan desvalido como un niño. La tormenta tal vez durara media hora más, o una, en el mejor de los casos. Como fuera, no habría perro capaz de rastrearlos ahora. Ni Terrón ni Calleja disponían de hombres suficientes para rastrear toda la sierra, aunque sin duda los concentrarían en el sector entre dónde cayó el helicóptero y este valle, seguros de que ellos se encontraban aquí. Todo dependía del factor tiempo y el factor suerte…

Se quedó dormido sin darse cuenta. Y cuando despertó, con súbita consciencia de haberse dormido, un silencio profundo llenaba el establo.

Miró el reloj, descubriendo que había dormido cinco horas. Sentíase de nuevo despejado y lleno de energías, aunque tan hambriento como un lobo. Se levantó y recogió sus prendas. Estaban totalmente húmedas, pero no había otro remedio…

Subió al voladizo y buscó con la vista a Consuelo. La muchacha se

había acomodado lo mejor posible y dormía pesadamente, en prendas interiores, con la blusa y el pantalón extendidos sobre la hojarasca para secarlos algo. Pudo distinguir la faja blanca en torno a su breve cintura. Allí guardaba el mensaje para su padre, ojalá no se hubiera estropeado con la mojadura…

Retrocedió despacio para no despertarla. Ella, después de todo, confiaba en su caballerosidad y eso era suficiente para Alan Trayne.

Abrió lentamente la puerta y oteó el terreno. Se había deshecho la tempestad dejando un cielo casi limpio de nubes dónde centelleaba el sol de la tarde y una bruma húmeda se alzaba de todo el valle. El pueblo lo tenían a trescientos metros de distancia, pero en los campos no se veía a nadie trabajando, cosa lógica porque estaban encharcados. Seguían teniendo suerte…

Permaneció de guardia junto a la puerta, formando planes, hasta que las primeras sombras cayeron rápidas sobre el valle. Entonces retrocedió y llamó a Consuelo, que se despertó sobresaltada.

—¿Qué pasa?

—Nada. Anochece y debemos seguir. Vístase y baje.

Ella tardó muy poco en reunírsele.

—¿Por qué me dejó dormir tanto?

—Lo necesitaba. ¿Cómo se encuentra?

—Muerta de hambre. ¿Cree que han perdido nuestra pista?

—Esa es mi esperanza. Vámonos. Trataremos de encontrar comida y un vehículo.

Ni una cosa ni otra serían fáciles. Por lo pronto, penetraron sin novedad en el pueblo, que parecía carecer de luz eléctrica y cuyos habitantes se encontraban todos dentro de sus casas, cenando. Pero en la plaza había un camión militar y cuatro soldados, aparte una razonable cantidad de campesinos holgazaneando. Fue un milagro que Alan los descubriera antes que ellos a él.

—¡Atrás!

Retrocedieron aprisa, metiéndose por un callejón solitario, y Alan hizo que la muchacha saltara al interior de un corral de tapias bajas.

—Aguárdeme aquí sin moverse. Voy a buscar informes y comida.

Consuelo había aprendido a no oponer objeciones.

Para un hombre como Alan Trayne, estando en plena posesión de sus facultades, un puñado de vulgares policías y soldados eran como perros ciudadanos tratando de cazar a un lobo estepario. Se movió con la silenciosa agilidad de una sombra por las calles tranquilas sin ser advertido y poco después entraba fraudulentamente en la cocina de una casa de las principales. En los cinco minutos escasos que una oronda mujer, y la que parecía ser su criada, tardaron en salir con unas fuentes de alimentos y regresar tuvo tiempo sobrado para apoderarse de una hogaza de pan

tierno, chacina y otros víveres fáciles de transportar.

Pero en vez de alejarse con todo aquello se quedó agazapado bajo la ventana de la cocina cuando regresaron las los mujeres y pudo, así, enterarse de lo que hablaban. Lo hizo porque su anterior conversación habíale interesado…

Cuando regresó junto a Consuelo se la llevó a las afueras antes de darle comida e informes.

—Terrón y Calleja han desplegado más de doscientos hombres entre este valle y en el que derribé el helicóptero. Han cogido y torturado hasta matarlo al chófer del camión, aunque a los aldeanos les han dicho que murió de sus heridas. Oficialmente están buscando un grupo de bandidos que asesinaron a varios policías anoche. Se han llevado a los aldeanos de este y otros pueblos con ellos, como prácticos, para rastrear toda la zona.

—¿Qué podremos hacer?

—Escabullirnos. El propio Terrón dirige las operaciones y está cenando en la casa del alcalde. Yo voy a intentar un golpe de suerte. Si sale bien, antes de que descubran lo ocurrido estaremos ya lejos. Si fallo… habremos hecho todo lo posible.

—No puede fallar. Tenemos que llegar junto a mí padre.

—Ya lo sé. Pero nadie puede ir más allá de dónde su estrella le permita. Vamos. Tenemos que rodear el pueblo y alcanzar el camino por el otro lado.

Les costó trabajo, pero finalmente se detuvieron al borde del camino y como a doscientos metros de las primeras casas.

—Quédese aquí. Si no regreso dentro de una hora… intente seguir y que Dios le de suerte.

—Voy a rezar todo el tiempo por usted —dijo ella con fervor. Y luego, empinándose, lo besó.

Fue un beso rápido, impulsivo. Alan sintió la caricia y su significado. Alzando una mano acarició la cara de la muchacha y le dijo, suave:

—Entonces volveré. Es usted magnífica, Consuelo. Tiene todo el coraje de su padre.

Luego se alejó…

CAPÍTULO XIII

Alan llegó sin el menor tropiezo hasta doscientos metros de la plaza. Y entonces vio venir a los dos soldados.

Venían desde la plaza y charlando animadamente, pero no parecían alerta en absoluto. En realidad, no imaginaban tener tan cerca al hombre que vinieron a buscar.

—Yo no creo que estén por acá. Seguro que se metieron en los montes.

—No seas loco. Encontraron el jeep tirado al barranco, debieron irse hacia las minas. Para mí que son agentes comunistas…

Uno era alto, casi tanto como el propio Alan, el otro más bajo. Y ambos jóvenes. Pasaron por junto a Alan que estaba bien oculto tras una carreta casi pegada a la pared; sin verle.

—De todos modos los atraparemos. El coronel está decidido…

Alan se movió suavemente a sus espaldas y les habló con la misma suavidad:

—Quedaos quietos.

Lo hicieron. Y permanecieron como estatuas cuando llegó a su lado, interpelándoles en el mismo tono suave:

—Llevo una metralleta provista de silenciador, podéis volveros y mirarla. ¿Tenéis muchas ganas de morir?

Se volvieron, miraron y se asustaron. El más bajo balbució:

—Ninguna…

—Entonces, meteos en ese callejón. Y nada de hacer tonterías.

Llevaban sus fusiles al hombro y así siguieron, avanzando con pesados pasos hasta la pared de adobes que cerraba el corto, estrecho y lleno de escombros. Una vez allí, Alan alzó la metralleta y les aplicó sendos golpes detrás de la oreja. No eran policías, sino soldados…

Cinco minutos más tarde había despojado al más alto de su uniforme y se lo vestía presuroso, echando a un lado sus mojadas ropas. Se puso también las pesadas botas y el correaje, calándose la gorra que le venía un poco grande, mientras el uniforme le quedaba estrecho, tomó la metralleta y se acomodó las dos granadas de mano del otro soldado en el cinto. A malas, servirían…

Su plan era simplemente el de apoderarse de cualquiera de los vehículos militares que estaban en la plaza, a ser posible el que trajo a Terrón y que llevaría radioemisora. Con eso, y una gran dosis de buena suerte, tal vez…

Llegó sin novedad a la plaza que, como todas las calles, no tenían más luz que la de las estrellas y la proveniente de los edificios a través de puertas o ventanas. Prácticamente todo el mundo se había metido en casa, menos tres o cuatro soldados que esperaban junto al camión y un moderno jeep. En una Cantina había mucha jarana…

Alan caminó con paso decidido y normal contorneando la plaza. Los otros soldados no parecieron ocuparse de él poco ni mucho. Era una suerte que resultara tan difícil identificar a nadie…

De pronto, la puerta de un buen edificio se abrió media docena de metros ante él, dando paso a un oficia de la policía. Alan se detuvo un momento, indeciso. No podía retroceder…

El oficial lo descubrió y lo llamó.

—¡Tú, ven acá!

Alan avanzó pausado. Sentía ahora erizado levemente el vello de su nuca. Saludó correctamente. El oficial lo miró fijamente:

—No te he visto antes. ¿Qué hacías?

—Iba a patrullar, mi capitán…

—Entra.

Giró y entró. Alan tragó aire y lo siguió al amplio vestíbulo. El capitán le habló secamente.

—Quédate aquí montando guardia. Si traen algún aviso, se lo pasas al policía que está en la antesala.

Sin aguardar respuesta se alejó, abrió una puerta y desapareció.

Alan se quedó solo. La situación cobraba un giro especial, que podía ser muy interesante…

Aguardó diez minutos, trazando rápidamente un nuevo plan de acción. Y cuando salió una muchacha, la misma que poco antes viera en la cocina, trayendo servicios usados, la llamó. Ella se le acercó sin desconfiar pero recelosa.

—¿Qué pasa ahí dentro?

—Pues… El coronel y el capitán pidieron más café y están hablando de esos bandidos que buscan.

—A mí tampoco me vendría mal un poco de café… ¿No me lo puedes traer?

—Sí, claro… Antes no te he visto…

—Me pusieron aquí de guardia. No lo entiendo, con los policías que tienen.

—Solo hay uno en la antecámara. Los otros se fueron. Y también han enviado a los amos a dormir, se ve que no quieren a nadie molestándoles. Bueno, me voy, que el coronel tiene muy malas pulgas y parece furioso…

Alan volvió a quedar solo. Su buena suerte seguía ayudándole…

La criadita regresó pronto con el café. Alan se lo bebió despacio y luego se acercó a la puerta de la antecámara, abriéndola.

Un policía joven, con galones de cabo, formidablemente armado, estaba sentado cómodamente, fumando y tomando café, en la pequeña pieza. Una gran puerta al fondo, cerrada, debía dar al comedor.

El policía alzó la vista y se levantó, tomando la metralleta.

—¿Qué pasa?

—Uno que quiere ver al coronel. Dice que trae un informe…

El policía no receló. Alan se había mantenido en discreta penumbra y su castellano de Costa Blanca era bastante bueno. Se hizo a un lado y el otro salió sin casi mirarlo…

—No te muevas.

El policía se quedó rígido, pero era valiente e inició un grito de alarma tratando de reaccionar. Alan se lo impidió pegándole duro en la base del cuello con la palma abierta de la mano y, mientras lo sujetaba con una, con la otra repitió el golpe en un sitio mortal. El policía se desmadejó…

Dejándolo sentado a un lado de la puerta, en tierra, Alan recogió la metralleta y penetró en la antecámara, la atravesó y abrió la puerta del comedor.

Dos oficiales estaban inclinados sobre un mapa desplegado a un lado de la gran mesa ya limpia del servicio de cena y dónde la criadita terminaba de disponerles el café. Uno era el capitán que introdujera a Alan en la casa, el otro un hombre como de cincuenta años, cetrino, delgado, de bigote recortado y pobladas cejas, con uniforme de coronel e insignias de la policía. El temido, astuto y cruel coronel Terrón…

Los dos alzaron la vista, pero se quedaron a medio movimiento al ver la metralleta apuntada a sus cuerpos. La criadita emitió un grito de sobresalto y se le cayó una taza, pero no se movió.

—¿Qué significa…? —inició el capitán. Alan se lo dijo.

—Que si se mueve es hombre muerto. Hola, coronel.

Súbitamente, el coronel comprendió. Y reconoció el hombre disfrazado de soldado. Sus duros ojos centellearon y las manos se le engarfiaron en el mapa sobre el cual se apoyaban.

—¡Usted!

—El mismo. Vaya sorpresa, ¿verdad? Su propio ayudante me ha facilitado las cosas haciéndome entrar a montarles la guardia.

Cerró con el pie, sin quitarles ojo. Terrón miró de tal modo a su subordinado que este tragó saliva con dificultad. Luego volvió a Alan su atención.

—De modo que era usted… —mordía las palabra; pero estaba recuperándose muy aprisa—. Debí sospecharlo, pero no imaginaba…

—¿Qué nosotros pudiéramos estar interesados en asuntos internos de Costa Blanca? Cierto, pero sí en yacimientos de «ciclopium» y casos de alta infidelidad. Levanten las manos los dos.

—Si dispara vendrán en dos minutos…

—Y ustedes estarán muertos. Coronel, conozco su apego a la vida y es lo bastante sensato para saber cuándo las cartas le vienen mal dadas. Obedezcan.

Terrón lo hizo lentamente. Y el capitán también. La criadita observaba toda aterrada y sin comprender nada.

Alan se movió veloz y ágilmente, hasta ponerse a espaldas de Terrón, al que despojó de su pistola con la mano izquierda mientras cubría al capitán con la metralleta. Luego siguió moviéndose, sin perder de vista ambos hombres, alzó la metralleta y la descargó contra el cráneo del oficial, que cayó como res apuntillada. La criadita chilló, pero cortó el chillido en seco. Terrón ni se movió.

Alan dio una orden a la primera.

—Tráeme unas servilletas. Sin salir de aquí y sin gritar. Y no te vayas a desmayar.

Luego, mientras ella obedecía, le ordenó a Terrón:

—Siéntese, coronel.

—¿Qué se propone?

—Siéntese. ¿O prefiere golpes?

Apretando la boca, Terrón obedeció.

La criadita sacó unas servilletas grandes. Alan le ordenó:

—Ata las muñecas del coronel a los barrotes de la silla. Y date prisa, dominando esos nervios.

Ella lo hizo despacio y mal, pero Terrón quedó lo bastante sujeto. Entonces, Alan se acercó, la separó y afianzó las ligaduras. Después ordenó con un gesto a la muchacha irse a un rincón y se agachó, procediendo a quitarle la guerrera al capitán. Terrón comprendió entonces.

—No lo conseguirá —gruñó, rabioso—. No podrá salirse con la suya.

—Le apuesto cien dólares a que sí. Llegaré a Samaná y avisaré al general Ramírez de lo que usted y el canciller le tienen preparado.

—No le creerá. Somos sus amigos…

—Ya lo sé. Sobre todo el presidente Weltzer. Gente importante, funcionarios públicos que juraron la Constitución y defender al país contra sus enemigos, pero que ahora están dispuestos a traicionar a sus amigos y a su patria, a sus conciudadanos, para obtener poder y dinero… De usted no me sorprende, porque siempre estuvo listo a cambiar de banderas, ni tampoco de Calleja. Weltzer era otra cosa, debe haber cambiado bastante en los últimos tiempos… Lástima que yo les vaya a estropear su bien tramado plan de alta traición. Muchacha, cierra los ojos si no quieres ver a un hombre en calzoncillos.

Se despojó una vez más de las ropas que llevaba y las cambió por el uniforme del capitán. Mientras se abrochaba el cinto siguió hablando a Terrón, que tenía la expresión de quien trama los mayores males.

—Ahora usted y yo vamos a darnos un largo paseo en grata compañía,

coronel. Nos acompañará la hija de Ramírez.

—Serán capturados antes de que hayan llegado muy lejos…

—Lo tomarán con calma cuando sepan que viene con nosotros. A no ser que su cómplice el canciller piense que después de todo no está mal deshacerse de usted… ¿Qué le parece?

Ya vestido, se acercó a la muchacha, que lo miró asustada, y le habló suave:

—No temas. Siento tener que amordazarte, pero no puedo dejarte a mí espalda para que avises a esa gente

—No… no diré nada, yo…

La lanceta impregnada de narcótico hizo una vez más sus efectos y la muchacha cayó como fulminada. Terrón no le quitaba ojo, pero no habló mientras lo desataba obligándolo a ponerse en pie.

—Está loco. Los soldados y policías descubrirán que usted, no es el capitán.

—Está muy oscuro y sí sabrán que usted es el coronel. Salga y no se haga ilusiones. Mientras hay vida hay esperanza, lo sabe tan bien como yo. Recuerde que sería el primer muerto.

La plaza permanecía silenciosa y en calma bajo las estrellas, seguía el jolgorio en la cantina, los tres o cuatro soldados montaban guardia junto a los vehículos perezosamente, mirando hacia dónde se divertían sus compañeros. Al ver llegar a los dos oficiales se pusieron rápidamente en pie.

—Mándeles buscar a su chófer. Exactamente esas palabras.

Terrón las repitió y ambos hombres quedaron a una distancia adecuada de los soldados, uno de los cuales corrió a la cantina mientras los otros permanecían firmes. Alan llevaba su metralleta y apuntaba con ella a Terrón como el desgaire, manteniéndose algo a su espalda.

—Suba al jeep.

Subieron en silencio sin que los soldados sospecharan nada. De la cantina llegó corriendo el chófer. Alan se había echado la gorra sobre los ojos, dejó la metralleta encima de sus rodillas de manera que apuntara al estomago de Terrón.

—Ordénele ir hacia el Norte.

E1 chofer Pertenecía a la policía, pero no tuvo tiempo de notar nada. Terrón le dio la orden con su característica sequedad y el hombre se apresuró a subir, tomar el volante y poner el jeep en marcha, sacándolo de la plaza.

No fue sino cuando llegaban junto al lugar dónde Consuelo permanecía oculta que el chófer recibió la gran sorpresa.

—Para y levanta las manos. ¡Consuelo!

Mientras el chófer se quedaba atónito, y Terrón permanecía rígido, Consuelo emergió de las sombras, acercandóse veloz y deteniéndose junto

al jeep, metralleta en manos, desconcertada. Alan volvió a hablarle.

—No hay tiempo de contarle. Péguele un buen golpe a ese tipo. Lo más fuerte que pueda.

Consuelo no se hizo de rogar. Enarbolando la metralleta atizó al chófer con todas sus fuerzas y el hombre se derrumbó sobre el volante. Entonces ella miró a Terrón.

—¿Quién es?

—Un gran amigo de su padre. El coronel Terrón.

—¡No es posible! ¿Cómo pudo?

—Es largo de contar. Suba.

Terrón estaba mirando a Consuelo intensamente.

Por eso no vio el rápido gesto de Alan, que le clavó en el cuello su aguja hipodérmica. Cayó sin conocimiento hacia un costado…

—¿Lo ha matado? —inquirió Consuelo. Alan denegó, saltando del jeep.

—Sólo dormido. Lo necesitamos, es una pieza inapreciable en este endemoniado juego.

Cogió al chófer y lo echó al asiento trasero, junto al coronel, subiendo luego y tomando el volante. Puso de nuevo al jeep en marcha y se alejaron del pueblo a toda prisa.

—Estaba ya segura de que le había sucedido algo malo —dijo la muchacha—. Y me disponía a ir al Pueblo a averiguarlo. ¿Cómo ha podido capturar a ese hombre? Parece increíble…

Es que tengo una suerte loca —repuso Alan, y acto seguido contó su aventura.

Durante una hora, más o menos, el jeep avanzó por por el endemoniado camino, trepó una cuchilla de montes, atravesó otro valle, y otro, pasó por dos pequeños pueblos sumidos en el Silencio y dónde no había retenes de ninguna clase y, finalmente, tras de haber remontado otra gran cresta boscosa descendió a un ancho valle. Habían atravesado los montes San Miguel, según cálculos de Alan deberían encontrarse a unos cincuenta o sesenta kilómetros de Samaná.

Dos kilómetros más adelante, al doblar una curva, Alan emitió una seca interjección y frenó en seco, ordenando a Consuelo:

—¡Cuidado! ¡Tome la metralleta!

Un carro campesino estaba cruzado en el camino, interceptándolo. No se veía a nadie, pero sin duda era una emboscada…

No les dio tiempo a nada más. De uno y otro lado del camino brotaron sendos haces de luz, cegándoles al darles de lleno. Pero entonces sonó una voz incrédula y triunfal que alivió de golpe sus corazones:

—¡No tiréis, es la señorita!

CAPÍTULO XIV

Dando fervorosas gracias a Dios desde el fondo de su escéptico corazón, Alan gritó a su vez, alzando las manos:

—¡Morales, cuidado, no vayan a matarnos!

—¡Señor Trayne! ¿Qué significa todo esto?

Una docena de hombres armados de modo heterogéneo habían brotado de las sombras, acercándoseles ahora rápidamente. Morales venía con ellos, empuñando una metralleta, y al llegar a su lado les mostró su cara llena de desconcierto.

—¡Y pensar que por poco les disparamos! ¿Qué les ha pasado?

—Muchas cosas. Pero la más importante es que cazamos una pieza de primer orden. Mírenla.

Morales silbó excitado al levantarle la cara a Terrón. Algunos de sus hombres emitieron a su vez exclamaciones

—Si no lo viera no lo creería. ¿Es que usted hace milagros? Estábamos convencidos de que los habrían atrapado o, en el mejor de los casos, de que vagarían acosados por los montes.

—Pues ya ve que no. Hubo de todo, pero logré darle jaque mate al coronel. ¿Cómo están ustedes aquí?

—Supe lo que les había ocurrido por un amigo que tengo en Riochico. Entonces escapé y me puse a reunir gente de toda confianza. Logramos llegar acá, pero no nos fue posible comunicarnos con el general, hay tendida a su alrededor una verdadera red de gentes atentas a impedir que le lleguen informes de lo que sucede antes del atentado. Yo no podía quedarme inactivo, de manera que decidí intentar lo que fuera para encontrarlos. Cogimos a un oficial de Terrón al anochecer y por él supimos que aún no los habían capturado, pero los tenían localizados en el valle de Huáscara, de manera que nos agenciamos un par de automóviles y nos vinimos para acá. Vimos descender a ustedes y les tendimos la emboscada, pensando pudieran ser enlaces con noticias...

Era la culminación de una racha de buena suerte que no podía durar demasiado, Alan lo temía. Mientras Morales le hablaba, y luego, mientras Consuelo relataba a sus compatriotas su propia odisea, pensó velozmente un nuevo plan de acción.

—Hay que llegar a Samaná esta misma noche —dijo a Morales y a Consuelo—. ¿A qué distancia estamos?

—Cincuenta y ocho kilómetros. La carretera está a solo diecinueve de

aquí.

—En una hora debemos llegar. Calculo que hasta el momento nadie se habrá dado cuenta del rapto de Terrón, pero encontrarán a los soldados que golpeé, o ellos se despertarán, muy pronto, se dará la alarma y sabrán lo sucedido. Contando con el lógico desbarajuste y como no haya medios en ese pueblo de comunicarse con Calleja eso nos dará el tiempo necesario.

—Usted manda y nosotros le obedecemos, Trayne.

—Bien. Despojen al chófer de su uniforme y que se lo ponga uno de sus hombres, que sepa conducir. Metan a Terrón en uno de los coches y que Consuelo vaya con usted.

Nadie se demoró. A todos les urgía ahora llegar a Samaná…

Pero el camino era infame y tardaron casi media hora en alcanzar la bifurcación con la carretera general. Una vez allí todo iba mucho mejor…

—¿Conoce usted a alguien de absoluta confianza a quién nos podamos acercar y que a su vez pudiera ayudarnos a romper la vigilancia en torno al general?

—Conozco al coronel Estrada. Es íntimo e incondicional de Ramírez, amigo mío desde la niñez. Combatimos contra Ortiz y contra Pinto…

—Nos sirve. ¿Dónde lo podemos encontrar?

—No lo sé. En algún lugar de Samaná, pero… habrá que averiguarlo.

—No podemos correr riesgos. Usaré este uniforme y trataré de localizarlo. Ustedes esperarán.

—A usted no le hará caso…

—Ya lo sé. Pero a usted lo atraparían si fuera preguntando su paradero. Es probable que haya agentes rusos y chinos, aparte los propios de Calleja y Terrón, vigilando esta noche por todo el campamento.

Hasta el final habría que arriesgarse, era una carrera contra el reloj. Si tardaban en descubrir lo ocurrido a Terrón, en avisar a Calleja, él podría llegar hasta Ramírez con Consuelo. Pero si no… Tanto los agentes rusos como los chinos no iban a pararse en barras, aunque hasta el momento no se los había tropezado.

La pequeña caravana siguió su camino a través de la noche sin novedad. Y media hora después de haber entrado en la carretera Morales le indicó a Alan unas luces en la lejanía.

—Esa es Samaná. Pero las tropas están a la derecha, hacia aquellos montes. El campamento ha sido montado junto al río, alrededor de una hacienda.

—¿Podemos ir allí sin pasar por la población?

—No lo sé. No soy de aquí. Pero viene uno con nosotros que nos lo dirá.

Por fortuna así era. El interrogado asintió.

—Hay un camino, pero muy malo. Yo sé lo indicaré…

Torcieron antes de llegar a la ciudad, metiéndose por lo que, más que

camino, semejaba una barranca descarnada por las lluvias y dónde los automóviles no pudieron seguir ni trescientos metros. Entonces Alan ordenó:

—Permanezcan aquí, y alerta. Yo iré a localizar al coronel Estrada.

—Espere. Tome, conoce mi letra. Le daré un mensaje.

Todo era necesario. Y contaban los minutos…

El campamento militar ocupaba la llanada a todo alrededor de las edificaciones de la hacienda. Cientos de tiendas de campaña se alzaban dejando calles estrechas, el parque de vehículos estaba a un lado, los blindados, la artillería, a otro…

Y guardias por todas partes. Un centinela detuvo al jeep al acercarse a la linde del campo y obligó a Alan y al que ejercía de chófer a aguardar la llegada del sargento de guardia, que no pareció muy contento de vérselas con un capitán de la policía.

—Tengo que ver al coronel Estrada —le dijo Alan, muy en su papel—. ¿Conoce usted su alojamiento?

—El coronel manda el batallón de carros… Tiene que estar hacia ese lado…

El jeep entró en el campamento y avanzó en la dirección dónde se hallaba el batallón de carros. Alan se mantenía alerta, pero algo estaba diciéndole que su misión tocaba al fin y pronto la habría resuelto. Cuando se comenzaba un trabajo con tan inusitada buena suerte y esta seguía a lo largo del mismo la racha no cesaba…

Un cabo, ligeramente receloso, le dio más informes.

—El coronel se aloja en la hacienda, con todos los demás jefes.

En la hacienda… Llegar allí, localizarlo y hablar con él sin que los alertados conspiradores recelaran iban a ser un bonito escollo. Pero Alan ya no se iba a detener.

Diez minutos más tarde el jeep se detenía en el patio de la hacienda. Era ya muy tarde y solo había luces en escasas ventanas, pero aparte la guardia normal, el avezado instinto de Alan le advirtió la presencia, no por discreta menos real, de otros vigilantes. Le cerrarían el paso en cuanto dijera que iba a ver al jefe del ejercito, pero tal vez no fuesen tan inquisitivos con un capitán de la policía que venía buscando al coronel jefe del batallón blindado…

Un soldado le cerró el paso cuando trató de penetrar en el patio. Casi inmediatamente, de ambos lados y entre los camiones y jeeps allí reunidos, salieron otros dos. Y un sargento apareció con sospechosa rapidez. Alan permaneció tranquilo mientras lo rodeaban e incluso habló con insolente dureza:

—Tengo que pasar, traigo un mensaje.

—Lo siento, pero deberá dármelo, mi capitán —le contestó no menos secamente el sargento.

—¿Cómo se atreve? ¿Sabe con quién está hablando y lo que puede costarle su insolencia?

—Cumplo órdenes, señor. Nada puede pasarme cumpliéndolas.

—¡Déjeme el paso franco o le pesará! ¡Llame a su oficial de guardia!

—Sí, señor. Pero usted no se mueve de aquí.

Girando en seco, el sargento se alejó. Y el centinela, también los dos soldados de sus flancos, apuntaron a Alan con sus armas mientras otros dos aparecidos no menos sigilosamente apuntaban al conductor del jeep. Alan se quedó quieto, recordando que dos agentes británicos habían muerto tratando de avisar a Ramírez. No le interesaba ser el tercero…

Tuvo que aguardar casi un cuarto de hora antes de que regresaran el sargento y un capitán alto, delgado, con lentes, que examinó a Alan con fijeza a la luz de los faros del jeep y la más débil colocada sobre la entrada. Alan tenía su gorra un poco sobre los ojos y no dio tiempo al otro a hablar, haciéndolo con bien fingida irritación.

—Esta es una ofensa intolerable, capitán. ¿Por qué se me impide el paso?

—El sargento se ha limitado a cumplir órdenes, capitán— el otro tenía una voz fría, desagradable—. ¿Tiene la bondad de decirme qué asunto le trae y de identificarse?

—Soy el capitán Reyes, de la policía gubernativa. Y el asunto que me trae debo tratarlo directamente con la persona que vengo a buscar, capitán… como se llame.

—Stolle, Francisco Stolle —el otro afiló más la voz. Tenía una cara muy inexpresiva. Y Alan dominó perfectamente la impresión que su nombre le produjo—. Es raro que yo no le conozca, capitán. Creo conocer a casi todos los oficiales de la policía.

—Yo sí le conozco a usted. Precisamente no hace ni seis horas que hablamos mi jefe y yo de su persona.

Algo cambió en la actitud de Stolle, pero fue imperceptible salvo para Alan.

—¿De veras? —dijo con igual tono—. ¿Y cómo fue eso?

—Casualmente. Comentábamos su acrisolada lealtad a los poderes constituidos. Precisamente contaba con usted. Traigo un mensaje urgente para el brigadier López Marchessi.

—Haberlo dicho. Pase y sígame.

Giró y penetró en el patio. Alan fue tras él. Sabía que estaba jugándose la vida.

El patio aparecía en calma, pero lleno de automóviles y jeeps del mando. No se divisaban sino un par de perezosos centinelas a cierta distancia. Stolle se dirigió hacia el ala derecha del edificio y habló mientras avanzaban casi emparejados.

—¿Qué sucede?

—La situación se ha agravado. El agente enemigo y la hija del general Ramírez lograron escabullirse con ayuda de un pequeño grupo de sus cómplices, pero no conseguirán llegar antes del mediodía. El coronel me ha enviado directamente a advertirles que refuercen la vigilancia. El plan debe llevarse a efecto tal y cómo está decidido, hemos llamado refuerzos y al amanecer se habrán tendido tres barreras entre los montes San Miguel y este campamento que nadie conseguirá pasar.

—¿Está usted seguro?

—¿Por qué lo dice?

—Porque ya llegaron aquí. Solo que no les servirá de nada. ¡Ata…!

Habían entrado entre dos vehículos y ahora estaban llegando a la pared, a una puerta pequeña. Alan había aguardado al último instante y, justo cuando Stolle se revolvía sacando su pistola y los dos hombres agazapados a la espera de su orden saltaban hacia delante en completo silencio, movió su propia mano izquierda y clavó la aguja hipodérmica en la mejilla del capitán, atrapándolo con la otra y lanzándoselo encima al más cercano de los atacantes. Este no pudo esquivar el choque de Stolle, que había sido fulminado como anteriormente otros por el narcótico, y perdió unos instantes preciosos.

Pero su compañero cayó sobre Alan empuñando una especie de navaja muy delgada con la cual le tiró un viaje mortal. Alan brincó en el momento justo y la buida hoja le rasgó la guerrera, sin llegarle a la carne. Antes de que su agresor recuperara la estabilidad lo golpeó con la palma de la mano abierta y toda su fuerza en un punto vital. El hombre con la nuca rota, se desplomó…

El otro ya estaba atacando en silencio, con el puñal listo. Y Alan tampoco deseaba armar ruido, porque los centinelas hallábanse a menos de veinte metros de distancia, aunque no podían ver lo sucedido por impedírselo los vehículos que llenaban el patio. Retrocedió con las manos abiertas, lentamente, acosado por su enemigo, hasta que su espalda chocó contra la pared.

Entonces el otro atacó, lanzándose a fondo.

Alan se movió en el momento justo, atrapándole la muñeca armada y retorciéndosela. Sospechaba que aquellos estiletes estaban envenenados y no deseaba recibir ni un rasguño.

Fue una lucha sorda y salvaje porque el otro, aunque más bajo y delgado, tenía mucho vigor y sabía lo que podía esperarle si fallaba. Pero lentamente, poco a poco. Alan logró hacerle abrir la mano y soltar el puñal. Entonces, con una presa de judo, lo puso fuera de combate.

Jadeante, Alan recuperó el aliento y luego echó mano a su pistola, poniéndole el silenciador. Llegaría junto al coronel Estrada, costase lo que costase…

Nadie parecía haber advertido nada. Abriendo uno de los automóviles

metió dentro a Stolle y a los dos atacantes. Luego se encaminó a la pequeña puerta y la empujó, empuñando la pistola.

Estaba solo encajada. Y detrás podía haber cualquier cosa…

Pero no había nada. Solo oscuridad. Entró, con la máxima cautela, y cerró a sus espaldas. Al fondo había una ligera luz.

Y un soldado de guardia, bostezando, que se quedó con la boca muy abierta al verle aparecer, pero no hizo nada agresivo mientras se le acercaba apuntándolo.

—Llévame al cuarto del coronel Estrada. Y no rechistes, porque te mato.

El soldado cerró la boca y se dejó desarmar sin resistencia. Luego, empujado por la pistola y muy nervioso, guio a Alan, que no lo perdía de vista, a la escalera y por ella al piso alto, dónde debían hallarse las habitaciones de los jefes militares. Al llegar arriba, Alan se guardó la pistola, pero el soldado no lo vio.

—No vuelvas la cabeza, haz como si me estuvieras guiando. Te va la vida.

El otro no rechistó. Y así pasaron por delante de un centinela que saludó a Alan sin advertir nada extraño… doblando una esquina del pasillo. El soldado balbució entonces:

—Es ahí…

Alan volvió a sacar la pistola y se la pegó en los riñones. Al llegar a la puerta, cerrada como todas, llamó con los nudillos, aguardó y viendo que no le contestaban volvió a llamar. Estaba teniendo una suerte loca, pero…

Una voz ronca, con sueño, sonó dentro del cuarto.

—¿Qué pasa?

—Dispense, mi coronel —Alan habló en tono adecuado—. Me envía el sargento de guardia, parece que hubo algo raro en dos carros de la primera sección…

Allí dentro sonó un taco, luego ruidos indicadores de que alguien se levantaba y, finalmente, la puerta se abrió, apareciendo en mangas de camisa y pantalones de uniforme un hombre como de cuarenta años, con poblado bigote y el pelo revuelto, que inició una violenta pregunta cortándola en seco al ver el cañón de la pistola apuntándole.

Sus ojos oscuros miraron sin miedo a Alan, pero estaba cogido fuera de guardia.

—¿Qué es esto, un asesinato? —inquirió sin alzar mucho la voz.

—Espero que no —dijo Alan suavemente—. Vamos al interior. Tú también.

La persuasión de su pistola y sus palabras hicieron que el coronel retrocediera despacio. Alan entró empujando al soldado y obligándolo a pararse con las manos altas a un lado, mientras los cubría a él y a Estrada. Cerró y habló en el mismo tonó.

—Espero que este muchacho no se haya equivocado. ¿El coronel Estrada?

—Sí. ¿Me quiere explicar esto, capitán? ¿Es que los oficiales de policía se dedican de nuevo a asesinar…?

—Lea esta nota, por favor. Es de un buen amigo suyo.

El coronel pareció de nuevo desconcertado, pero tomó la nota y la abrió, mirando a Alan antes de leerla. Entonces frunció el ceño, miró de reojo a Alan, terminó de leer y habló en un acento distinto, cortante, tenso:

—¿Quiere explicarme esto, señor?

CAPÍTULO XV

El soldado había bajado las manos y parecía completamente aturdido por lo que acababa de escuchar. El coronel tenía también una expresión aturdida.

—¿Está seguro de que me ha dicho la verdad? Es increíble…

—Ya lo sé. Y no puedo presentarle mis credenciales ni otras pruebas que los hechos. Morales aguarda con la señorita Ramírez cerca de aquí. Tendrá que fiar en mi palabra. Es la vida del general y la suerte de su país lo que está en juego, decídase.

El coronel estaba evidentemente asimilando todo. Lo miró muy fijo.

—¿Dice que apresó a Terrón y que Stolle está con ellos…?

—Ahora está abajo. Eso lo puede comprobar enseguida. Pero hay que darse prisa o todo se irá al diablo. Los conspiradores ya saben, al parecer, que logramos escapar y tal vez muy pronto reciban la noticia de la captura de Terrón. Entonces tal vez se lancen a una acción desesperada. Por lo pronto parece que controlan la guardia de esta hacienda.

Estrada respiró hondo.

—Voy a creerle —dijo—. Ya recelábamos algo, pero sin imaginarnos quién estaba detrás del complot. Parece increíble…

—Por eso vino la señorita Ramírez. A ella su padre la creerá.

—Desde luego. Y si es como dice deberemos actuar con la máxima cautela. López Marchessi y Tejero ocupan habitaciones junto a la del general… Malditos traidores, Judas… Pero no se saldrán con la suya. Muchacho —se encaró con el aturdido soldado—. Nada oíste, ¿entiendes? Y nada has visto.

—Sí, mi coronel…

Estrada ya estaba poniéndose la guerrera. Tomó el cinto con la pistolera y se lo ciñó, echando mano a la gorra. Se movía ahora con celeridad de soldado que oye la alarma.

—Vamos.

Salieron. Todo seguía en silencio. Pero Estrada no fue a la salida, sino al fondo, llamando a otra pieza.

—Cárdenas, soy Estrada. Abra aprisa.

A los dos minutos un oficial medio dormido y en pijama contestaba asombrado a sus inesperados visitantes. Estrada no le permitió hacer preguntas.

—Óigame y no pregunte. Hay un complot para asesinar al general

Ramírez. López Marchessi, Tejero y otros están implicados. Despierte a Ruiz Prada, a Beltrán y a Poveda, comuníqueselo y vayan a dar la alerta a mí batallón y avise al brigadier Jurado, pero con toda discreción, pues los conspiradores tienen tomada la guardia de esta hacienda y están decididos a todo…

El otro oficial se despejó de golpe. Y muy pronto Estrada y Alan descendían la escalera…

Nada parecía haber cambiado en el patio. Cuando Alan abrió el coche y mostró su contenido humano al coronel este tuvo solo un seco comentario:

—Hijos de perra…

El sargento se encontraba aún rondando cerca de la entrada al patio y pareció desconcertado al ver al coronel, pero se cuadró a saludar. Estrada no le permitió tomar iniciativas.

—Acompáñenos, sargento.

—Pero, mi coronel, tengo la guardia…

—Por eso. No pregunte y síganos.

El sargento se mordió el labio y obedeció. Subieron al jeep aún custodiado por los soldados, que no hicieron nada al reconocer al coronel, y Alan ordenó al conductor:

—Ya sabe.

Pero el coronel cambió la orden.

—A la derecha, yo le indico.

El sargento de guardia parecía ahora nervioso y miraba furtivamente a todos lados. Estrada sacó la pistola y la mantuvo empuñada. Alan hizo lo mismo con la suya. Estrada fue indicando secamente al conductor los virajes que debía realizar y finalmente, cuando penetraron en el sector del campamento destinado a los blindados, que semejaban monstruos dormidos, le mandó detenerse.

—¡Soldado!

El que montaba guardia a poca distancia se acercó y lo saludó, reconociéndolo.

—A la orden, mi coronel.

—Vaya a despertar al teniente Hinojosa. Aprisa.

Alan estaba sintiéndose completamente relajado y dejó la iniciativa al coronel, pero no perdió de vista al sargento de guardia, cada vez más nervioso. Pasaron unos minutos de silenciosa tensión y apareció, saliendo de una de las tiendas de campaña, un oficial en mangas de camisa y poniéndose la guerrera, que se cuadró al llegar, evidentemente intrigado.

—A la orden, mi coronel.

—Hinojosa, encárguese de despertar a todo el batallón y que se armen evitando alarmar al resto del campamento. Los comandantes Cárdenas y Poveda vendrán de inmediato a hacerse cargo del mando hasta mi regreso.

—¿Qué sucede, señor?

—Un complot para asesinar al general Ramírez y dar un golpe de Estado. Tenemos que anticipamos. Ah, tome preso a este sargento, es sospechoso. Si intenta fugarse mátenlo.

El sargento se quedó rígido, pero no se movió al verse encañonado y sentir la pistola de Alan en la nuca. Dejándose desarmar, descendió y quedó bajo custodia. El jeep siguió camino.

—En quince minutos mi batallón estará levantado y en media hora puestas alerta todas las unidades en las que podemos confiar, que son las más, por no decir casi todas —aseguró Estrada—. Si los conspiradores nos dan esos treinta minutos habremos ganado la partida.

Alan sabía que ya estaba ganada…

Tardaron escasos minutos en alcanzar el punto dónde aguardaban Consuelo, Morales y sus hombres, con Terrón, que aún no se había despertado. Estrada abrazó a su amigo fuertemente y besó la mano de Consuelo con exquisita deferencia.

—No tenía el gusto de conocerla personalmente, señorita Ramírez, pero su padre me habló mucho de usted. Ahora soy feliz de coadyuvar a impedir este inicuo complot contra su vida. Venga conmigo.

—No podemos arriesgarnos tanto, coronel —terció Alan—. Si la ven llegar se alarmarán, hay que disfrazarla.

—No es problema. Cuando vayamos lo haremos bien respaldados.

Y así fue. Regresaron en el jeep, dejando a Morales y sus hombres custodiando a Terrón y entraron en el campamento por la zona ocupada por los blindados. Todo el batallón estaba siendo despertado velozmente y los hombres tomaban sus armas y equipo de combate procurando no hacer ruidos delatores de su actividad. El comandante Cárdenas acudió a su encuentro, saludó a Consuelo mirándola con curiosidad y anunció que estaban tomándose velozmente todas las medidas.

—No hemos tratado de avisar al general porque al parecer los conspiradores están alerta y temimos lo asesinaran…

—Reúname todos los hombres ya equipados y rodee la hacienda sin permitir que nadie se aleje de ella. Vamos, que suban unos cuantos en un jeep y nos sigan.

La guardia del portón del patio no tuvo tiempo para reaccionar. Los tanquistas, ya aleccionados, llegaron velozmente y dominaron la situación sin disparar ni un tiro. El jeep entró y sus ocupantes descendieron del mismo mientras los hombres del coronel Estrada se apresuraban a tomar posiciones. Escoltando a Consuelo entre ellos, el coronel y Alan subieron, pistola en mano y seguidos por dos soldados mientras otros dos, con metralletas, les abrían paso, la escalera del cuerpo principal del edificio. Otros tanquistas estaban desarmando al cuerpo de guardia y otros, en fin, cercaban la casa.

Cuando llegaban al piso alto se abrió una puerta y un comandante,

completamente vestido y empuñando una automática, apareció. Al verles llegar vaciló un instante, pero Estrada le gritó:

—¡Ríndase, Tejero!

El aludido alzó la pistola e intentó disparar.

Alan se le anticipó, metiéndole una bala en el hombro derecho. Como usaba silenciador, el disparo apenas tuvo resonancia, pero el comandante Tejero, soltó el arma y se agarró la herida…

Un momento más tarde estaba cubierto por dos tanquistas con sus armas y mirando, entre asustado y rabioso, a sus aprehensores. Estrada le dijo, secamente:

—Fallaron, traidor… Llévenselo abajo y no me lo pierdan de vista.

—No entiendo nada —gruñó el conspirador—. ¿Por qué esta agresión…?

Ni Alan ni Estrada, menos aún Consuelo, le contestaron. El primero siguió hasta la pieza de más allá y llamó fuerte con el puño cerrado.

—¡Abra, mi general! ¡Soy Estrada!

Pasaron dos minutos. Y luego la puerta se abrió, apareciendo en pijama y empuñando una pistola un hombre aún joven, alto, delgado, de agradables facciones y recortado bigote militar. Tenía dura la mirada.

—¿Qué suce…?

Vio a la muchacha parada junto a Alan y su rostro cambió de golpe.

—¡Consuelo! ¿Cómo estás tú aquí?

La muchacha avanzó y le echó los brazos al cuello con amoroso impulso, apretándolo muy nerviosa. El general la abrazó maquinalmente mientras miraba atónito a los dos hombres ahora sonrientes. Alan le aclaró la situación.

—Nosotros la hicimos venir, general. Había un complot contra su vida, mañana iban a matarlo. Pero dada la identidad de los jefes del complot usted nunca lo hubiera creído. Ella, su hija, era la única que lo podía convencer.

El general separó a su hija lentamente, cogiéndola por los hombros, y la miró a los ojos. Consuelo asintió.

—Sí, papá, es cierto. El presidente, el canciller Calleja y el coronel Terrón habían planeado asesinarte para apoderarse del poder.

El general alzó el fruncido ceño y volvió a mirar a Estrada y Alan.

—¿Es posible?

—Por desgracia todo es posible en política, general —fue la plácida respuesta de Alan. Estaba sintiéndose muy relajado y complacido.

EPILOGO

Las maniobras militares habían terminado bruscamente a causa de un desdichado accidente de sangrientos resultados. Por un inexplicable error, cierto joven piloto de caza, perteneciente a una distinguida familia, había disparado dos cohetes con cabezas explosivas contra el jeep del general en jefe del ejército de Costa Blanca, ocupado en aquel momento por el brigadier López Marchessi el capitán Stolle y el jefe de la policía del país, coronel Terrón, que había venido a presenciar las maniobras. Precisamente el general Ramírez había cedido su jeep al ilustre visitante e iba algo más atrás en otro vehículo, acompañado por todos o casi todos sus comandantes de unidad. Los dos cohetes habían dado de lleno al jeep matando a sus ocupantes, que quedaron virtualmente destrozados…

Pero la nación tenía que lamentar una pérdida aún más dolorosa. El mismo presidente Weltzer Arencibia, que hacía tiempo venía padeciendo una dolorosa enfermedad hasta entonces oculta al país, había tomado una inesperada y trágica decisión, pegándose un tiro en su propio despacho…

Al menos esas eran las informaciones oficiales. Pero por San Rafael corrían comentarios para todos los gustos. Mucha gente se preguntaba dónde estaba el canciller Calleja, de quien nada se había sabido desde el domingo por la noche, en que asistió a una cena en la embajada francesa abandonándola con cierta precipitación, y se decía que cierto número de oficiales del Ejército y la policía estaban arrestados. Y que el presidente no se había suicidado, sino que lo mataron…

Al atardecer, unidades blindadas y de infantería motorizada, llegadas del valle de Samaná al mando del coronel Estrada, tomaron posiciones en puntos estratégicos de la capital y la radio anunció que el general Ramírez, comandante en jefe del ejército, iba a hacer una declaración muy importante a las diez de la noche. Había mucho movimiento entre bastidores políticos…

El general Ramírez, completamente sereno, apareció en las pantallas de la televisión a las diez de la noche, con puntualidad castrense. Lo acompañaban una serie de jefes militares y algunos prominentes políticos de la izquierda moderada, el partido suyo y del fallecido presidente. Poco después, su voz seca y sonora se escuchaba en todo el país.

»…un puñado de ambiciosos y traidores, dirigidos por el ex canciller Calleja y pagados por potencias extranjeras interesadas en traer a nuestra patria una tiranía implacable que les permitiera la consecución de sus

siniestros planes de dominación mundial, planearon la más inicua traición que pueda concebirse, vulnerando sus sagrados juramentos de fidelidad al pueblo soberano y a la Constitución. Su propósito era asesinarnos a mí y a nuestro presidente, el doctor Weltzer Arencibia. Informado en el último minuto por leales amigos conseguí escapar al criminal atentado contra mi persona y Dios quiso que perecieran a manos del ejecutor del crimen algunos de los implicados en el complot. Por desgracia no fue posible impedir el asesinato del presidente, a quién se hizo aparecer como suicidado cuando en realidad fue ultimado cobardemente por un esbirro del canciller Calleja. Este, al descubrir el fallo de su plan, ha huido del país ayudado por las mismas fuerzas internacionales y poderosas que estaban aliados con él en esta conjura…»

En la modesta hacienda del general Ramírez situada en un hermoso paraje del valle de Iragua, a medio centenar de kilómetros de San Rafael, Alan Trayne y Consuelo Ramírez escuchaban el discurso del padre de ella plácidamente sentados en cómodos sillones y degustando un exquisito café. Consuelo vestía un sencillo conjunto que realzaba su juvenil belleza y Alan un traje corriente. Los dos reposaban de pasadas fatigas desde hacía pocas horas, en una discreta salida de escena.

»Por consiguiente, en vista de la grave situación creada al país y al peligro que corren sus libertades básicas ganadas con tanto esfuerzo y tanta sangre contra pasadas tiranías, yo, Martín Ramírez, comandante en jefe del ejército, consciente de mis deberes para con mi patria, asumo desde este momento los plenos poderes constitucionales y declaro el estado de emergencia, que cesará tan pronto sean eliminados y castigados debidamente los traidores. Me dispongo a formar un gobierno donde la mayor parte de los ministros actuales permanecerán en sus cargos y prometo solemnemente unas elecciones generales para dentro de un año a contar de esta fecha. Todos me conocéis, conocéis mi historial y sabéis que cumplo siempre mi palabra, que no me guía otro interés que el alto y puro de obtener para nuestra querida patria la libertad, la dignidad y la paz, en el concierto de los pueblos progresivos…»

—Un gran discurso —Alan apuró su copa y encendió el cigarrillo que Consuelo acababa de tomar—. Y un gran hombre. Este país tiene suerte contando con su padre, Consuelo.

—Lo amo y lo admiro —repuso ella—. Y nunca, ni él ni yo, olvidaremos todo lo que le debemos a usted.

—Eso carece de importancia. Era mi obligación.

Ella fumó despacio, mirándolo fijamente. Había instintiva admiración en sus hermosos ojos, esa admiración de las muchachas que es como un fuego puro.

—Se comportó de un modo admirable —dijo. Y añadió, con femenina volubilidad—. Aún no me contó cómo pudieron morir los conspiradores a

manos de su propio instrumento ejecutor.

Alan esbozó una sonrisa suave, bebió un trago de Bourbon con hielo y se lo dijo.

—Fue un caso de justicia rápida, adecuado a las circunstancias. Tanto Terrón como López Marchessi negaron rotundamente tener nada que ver con el intento de asesinato. En cuanto a Stolle, estaba demasiado comprometido, pero no quería hablar. Tejero también negaba. Y la cosa se hacía fastidiosa. Entonces le sugerí a su padre la solución. Si eran inocentes, como decían, no tendrían inconveniente en subir al jeep de mando, con el banderín bien visible. Si no había ataque su padre les daría públicamente toda clase de excusas.

—¿Y ellos aceptaron?

—Sí, porque Terrón debió decirles que el ataque no se produciría. Al parecer contaban conque uno de sus enlaces, de los varios que escaparon a nuestra redada de anoche, avisaría a Calleja y este lo detendría todo.

Pero Calleja no dio la orden al piloto, que despegó sin saber el cambio efectuado. Lo que sí hizo fue venirse a San Rafael, entrevistarse con el presidente y contarle que todo estaba perdido. Weltzer prefirió pegarse un tiro a salir del país con deshonor. En cuanto a Terrón y los otros, excepto Tejero, por su herida, montaron en el jeep casi convencidos de que no habría ataque. Uno de los asesinos de Stolle lo guiaba. Me hubiera gustado ver sus caras cuando el caza picó sobre ellos, lanzando los cohetes, pero no fue posible. Fue un impacto certero. Ahora, el piloto, que ha confesado, será pasado por las armas. En cuanto al presidente era mejor convertirlo en héroe y símbolo. Después de todo no es el primero, ni será el último gran traidor que pase a la historia como un mártir.

Calló. Y Consuelo continuó mirándolo de modo admirativo.

—Siento que Calleja se haya salvado —dijo, impulsivamente—. Era el peor.

—Sin duda. Y casi siempre los peores son los que suelen salvarse, porque lo tienen todo previsto. Pero el hecho de que haya volado a Cuba es significativo, aunque no creo que allí lo quieran conservar. Políticamente está acabado. Y en cuanto al «ciclopium», mañana mismo unos cuantos caballeros de habla inglesa visitarán a su padre para evitar que haya más problemas con él. Esperemos que en adelante solo lo utilicen para abrirles agujeros a Marte y a la Luna.

Hubo un breve silencio, que rompió Consuelo.

—¿Y usted, qué hará? Mi padre y yo quisiéramos tenerlo de huésped algún tiempo…

—En otra ocasión. Ahora su padre estará muy atareado y yo debo regresar a Londres, usted a México, junto a su madre. Todos debemos ser muy discretos.

—Sí, tiene razón… Dígame, ¿si voy a Londres, cómo lo podría

encontrar.

Alan se la quedó mirando. Sí, era vehemente, muy joven… y muy linda. Una magnífica muchacha, en todos los sentidos. Peligrosa…

—Tengo una pequeña finca en Surrey —dijo pausado, sosteniéndole la mirada—. Antes de irse le daré la dirección y, si me encuentro en Inglaterra cuando vengan, tendré mucho gusto en invitarlas a pasar unos días tranquilos y ver mis colecciones de arte, a su madre y a usted.

Consuelo esbozó una sonrisa y se echo atrás en su butaca, cruzando las piernas y estirándose la falda sobre ellas.

—Le tomo la palabra, señor Trayne —dijo suavemente. Y Alan se dijo que, sin duda, ella había comprendido. Era toda una mujer…

FIN



PROTAGONISTA: CLIVE

por

SILVER KANE

Tres fogonazos brotaron casi instantáneamente del revólver de Clive Murdock.

Este tiraba como un auténtico diablo, con una rapidez casi alucinante. Los tres disparos se confundieron en uno solo.

Tres espantosas manchas de sangre se formaron en seguida en el pecho de Peter Haynes.

Las balas debían ser de gran calibre, porque nadie había visto jamás unas manchas de sangre tan espantosas. Chillando angustiosamente, Haynes se llevó las manos al pecho y dio unos pasos hacia adelante, caminando como un borracho. Fríamente. Clive Murdock apuntó a su cabeza.

PROTAGONISTA: CLIVE

por SILVER KANE

Sale dentro de siete días

¡No deje de adquirirlo!



fans...
La revista de la canción
6 pesetas todas las semanas
fans
es fans...tástica


EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain